



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

LOS MISTERIOS DEL BOSQUE VIRGEN, POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Todo se hallaba dispuesto para recibir á los inmigrantes. El hambre estaba vencida, y la subsistencia de un gran número de hombres asegurada para siempre. La cantidad de ruminantes debía aumentar, aunque el consumo fuera enorme. El cálculo es muy sencillo. De mil vacas en las praderas, seiscientos por lo ménos paren cada año. De este minimum de seiscientas terneras admitámos, en el caso peor, que mueren doscientas ántes de llegar á la edad de reproducción, que es á los tres años, devoradas por los tigres ó arrebatadas por la enfermedad. Ciento cincuenta bastan para reproducir. Quedan doscienta cincuenta para el consumo anual. Dando cada res doscientos kilogramos netos de carne, la *Francia equinoccial* podía tener un año con otro cincuenta mil kilógramos de carne fresca á disposicion de sus futuros huéspedes. Obsérvese que calculamos sobre una base muy inferior á la realidad.

Tampoco habrá que temer nada respecto á la ali-

mentacion de aquella admirable *fazenda*. Una sabana de una legua cuadrada puede nutrir mil cabezas, y la sabana es como todas las praderas. Cuanto más ganado se lleva más puede alimentar, cuidando de las proporciones como es natural.

Los ganaderos se dedicaban de vez en cuando á buscar oro y no abandonaban el pico ni el *stauce*. El rendimiento del oro continuaba con intermitencias y el fondo de reserva seguía aumentando.

El 1.º de Noviembre de 187..... dijo Robin á su familia reunida:

— Hijos míos, todo se encuentra dispuesto. La fortuna nos acompaña. Aquí reina la abundancia y la naturaleza está vencida. Es preciso dar un gran golpe. Vamos á traer los brazos que faltan en Guayana y á explotar en gran escala las riquezas que encierra; extraer el oro del suelo, lavar las arenas auríferas, triturar el cuarzo, cavar la capa vegetal, hacerla producir café, cacao, algodón, achiote, especias y

caña de azúcar; há aquí cuál debe ser nuestro programa:

«Buscaremos obreros indios para la agricultura y negros de la costa de África para las minas. Los blancos vendrán como artistas, pagándoles á peso de oro, y puesto que en la Martinica hay plétora de población, favoreceremos la inmigración de esa hermosa raza de mulatos martiniqueses, tan inteligentes, tan laboriosos, que con tanta facilidad se asimilan completamente las artes de la metrópoli, y que no teniendo las molestias de la aclimatación, serán auxiliares incomparables.

«Fieles cumplidores del plan trazado desde el primer día, no se realizará esta última y esencial parte de nuestro programa hasta que los instrumentos de explotación se hallen en su sitio. Para esto debemos apelar á la industria del Antiguo Mundo, pues necesitamos fuerzas motrices, máquinas de vapor, martillos, lavadores perfeccionados, aperos de labranza...

«Nicolas es el más competente en la materia. Irá á Francia y á Inglaterra. Comprará todo lo que nos falta, regresando en breve plazo. Enrique, Eduardo y Eugenio me han manifestado deseos de no dejar la colonia, y como Carlos se alegraría mucho de volver á Europa, cuyo recuerdo no se ha borrado de su memoria, acompañará á Nicolás.

«Teneis ocho días para hacer vuestros preparativos. El oro abunda aquí, y podeis extraer cuanto queráis de la caña común. Gastad mucho, pero con tino. Nosotros, los americanos del Sur, podemos decir como nuestros conciudadanos del Norte: *Times is money...*»

Hé aquí los sucesos que se habian verificado durante aquel período preparatorio, después del cual iban á asistir los Robinsones á la realización de su admirable empresa. Perdonen los lectores que el autor haya entrado en detalles tan numerosos y separados, al parecer, de la cuestión principal; pero que son indispensables para continuar esta verdadera historia, de la que forman parte integrante. Si el autor no diera cuenta de sucesos reales, poco le importaría permanecer ó no en el dominio de lo verosímil. Pero si por una parte le manda su conciencia que suministre al lector relatos auténticos, cuya sustancia ha ido á buscar él mismo, allá, en la inmensa soledad ecuatorial, por otra tiene deberes de gratitud con la Guayana, donde ha recibido una acogida fraternal. Propónese restablecer la verdad, devolviendo á aquella tierra, harto desconocida, algo de la justa consideración que la pertenece.

Diez meses más tarde anunciaba Carlos su regreso por medio de la carta que hemos publicado al principio del capítulo anterior. Fácilmente se comprenderá el deseo que por verle tenían sus padres y sus hermanos; la inquietud que su retraso producía á su madre, y la ansiedad de toda la familia al ver subir con alarmante rapidez el agua del arroyo en que Nicolas, su fiel compañero, habíase internado.

Las piraguas volaban sobre las espesas y blanquecinas ondas del riachuelo, crecido en demasía. Después de haberse elevado á cerca de dos metros, pareció que permanecía estacionario, á pesar del enor-

me volumen de agua que continuamente depositaba en el Marañ.

Llegó la noche, y los Robinsones, lejos de disminuir la velocidad de su marcha, continuaron su carrera, alumbrándose con antorchas de *cevero*, de que estaban bien provistas las canoas. Nada tan lígubre como aquella navegacion nocturna, cuyo silencio no era interrumpido sino por la ansiosa respiración de los que bogaban. Nada tan fantástico como las llamaradas de las antorchas, produciendo manchas rojas sobre el negro fondo de tinieblas que se extendían bajo los arcos de ramas bajas de los espesos árboles que parecían los pilares de una cripta. Ya debía de ser considerable la distancia recorrida, y ningún suceso insólito habia llamado la atención de los bogadores, cuando Lomi, que iba á la cabeza, lanzó un breve grito al ver un objeto flotante, que, girando lentamente, fué á tropezar con la proa de la piragua.

Robin bajó la antorcha que llevaba, y no pudo contener un movimiento de horror al descubrir el cadáver de un negro, cuya cara, destrozada por horrible herida, surgió entre los matorrales, para desaparecer en seguida.

—¡Adelante, hijos míos, adelante!—dijo con voz conmovida, esperando que su mujer, acostada en la otra canoa, no viera aquellos lígubres restos.

Á quinientos metros más allá oyóse un ruido seco, parecido al que producen las tijeras cuando cortan, y mezclado á un rumor como el de un chorro de agua producido por bruscas sacudidas. Un chino, muerto también, al cual podía reconocerse por sus anillos de plata, que brillaban á la luz de las antorchas, era llevado por la corriente del agua; mientras una media docena de cañanes desgarraban su cuerpo. Los feroces anfibios, llenos de alegría, no tardaron en separar sus miembros y el tronco con su ensangrentada cabeza, demasiado voluminosa para aquellas hambrientas fauces, se hundía, presentaba luego los costados y desaparecía nuevamente.

Las piraguas se deslizaron rápidas como flechas, sin distraer á los cañanes de su repugnante comida. Los Robinsones, oprimidos por la angustia y sospechando una gran desgracia horrible, corrían espantados en medio de la noche, encorvándose sobre los pagayos que se encorvaban bajo sus esfuerzos.

Una mancha blanca, vivamente iluminada por las antorchas, apareció de pronto en una de las orillas. Aproximáronse y vieron una preciosa canoa amarrada á un árbol por medio de un cable que parecía estar á punto de romperse á impulso de las olas. En el centro se elevaba la chimenea de una maquinita de vapor vertical.

No cabía duda. Aquella canoa era la de Carlos. Estaba pesadamente cargada de útiles, armas y provisiones, pero no habia nadie á su bordo.

Los Robinsones registraron con una mirada el contenido de la embarcación, y cuando se disponían á continuar su marcha vieron que los ribazos del arroyo se hallaban completamente cubiertos por las aguas. La capa líquida se extendía por ambos lados, como un lago cuyo término no se descubría á simple vista.

Al mismo tiempo se oyeron en la orilla izquierda

gritos desgarradores, seguidos de una detonación de arma de fuego.

CAPÍTULO VI.

Campamento de cuadrumanos.—Después de permanecer diez meses en Jesús civilizado. — La barca misteriosa. — Vista inesperada. — Los servidores de la antigua huda guayanesa. — Un grito nocturno. — Detonación. — A la luz de las antorchas. — ¡Buenos días!... — Espanto de Louis. — Regreso á la casa de papel. — Fogonero y maquinista. — Capitan y almirante en dos minutos. — Los papiryes y el hélice. — Asombro de los dos Bontes. — Angustias. — Desaparición del cargamento.

Cárls y Nicolás, que todavía estaban impregnados de civilización, caían bruscamente en medio del salva-

jismo. La antigua huda de Guayana, que no les reconocía por amigos suyos, acontecía las dificultades ante su paso, preparándose, como en el teatro se dice, una entrada dramática.

Pero los dos blancos no se habían adormecido en las delicias de la gran ciudad, que, bien mirado, sólo domina á los débiles y aumenta el temple de las individualidades poderosas. Además, eran parisienses, y el hijo de París, quinta esencia de actividad nerviosa, de energía y de resistencia inquebrantable, está preparado para toda clase de luchas. Para esto no es preciso haber visto la luz entre el barío del Tem-



No pudo contener un movimiento de horror al descubrir el cadáver de un negro.

ple y la calle Rochecouart, ó estar inscrito en el registro civil de la alcaldía del Pantheon. Siendo París el punto central en que se elabora la vida de Francia, el corazón que regula las palpitaciones de la vida de nuestra amada patria, un gran número de franceses pueden ser parisienses, como los glóbulos rojos

de la sangre son los elementos que transportan á todas las partes del cuerpo los principios de la existencia y del pensamiento. Los glóbulos rojos se hallan en cualquier punto de un organismo. Los parisienses circulan por todas partes. Los hay en Saint-Denis, se los encuentra lo mismo en New-York que en Shang-

Hai, y acaso algun paciente buscador los halle en Pithiviers, poblacion que, con la Ferté-sous-Jouarre, puede titularse gloriosamente ciudad beocia.

Nuestros dos parisienses de Guayana, que se vieron de pronto en frente de multiplicados peligros, cada uno de los cuales era por sí solo mortal, tornaron á ser, sin esfuerzo alguno, los intrépidos Robínsones.

— ¡Bah! — dijo Carlos con indiferencia — mayores nos han amenazado.

— Es verdad — replicó Nicolas — que en aquellas circunstancias no podia manifestar una opinion contraria.

— ¡Eh! ¿qué diablos hacéis ahí?

— Preparamos. No se sabe lo que puede suceder. Debéis imitarme. Mirá, las polainas y los zapatos de cuero embarazan en ocasiones los movimientos de un nadador. ¡Vayan al demonio mis arreos de cazador de Beaucé! Con los piés descalzos, endurecidos todavía y acostumbrados á todos los contactos, vuelvo á ser lo que antes fui, un blanco con la mezcla de emdrumano.

— Excelente idea — dijo Nicolas, descalzándose también.

— Muy bien. Como el agua sube lentamente, todavía tenemos tiempo para hacer, ó mejor dicho, para deshacer nuestro tocado. El pantalón es una prenda incómoda.

— Pero ¿acaso piensas en....

— No, tranquilízate. Los dryades equívocas no tendrán motivo para avergonzarse. Pero los dos tubos de tela en que están encerradas mis piernas me molestan mucho. Voy á cortarlas precisamente por encima de la rodilla y á transformarlas en un magnífico calzon de baño.

— ¡Bravo! Yo también.

— Como quieras. El machete es un compañero indispensable. Le colgaré de mi cintura sin sacarle de la vaina. ¡Ah!.... mi revólver. ¿Habrá cera en este sitio inhospitalario? Sí. Perfectamente.

— ¿Qué vas á hacer con la cera?

— ¡Ah! ¿Cómo es eso? ¿Has dejado de ser ya un Robínson de la Guayana acostumbrado á triunfar de todos los obstáculos oponiéndoles las precauciones más sencillas y un apariencia más fútiles.

— Sí.... pero....

— Mira lo que luego é imitamos. En la situación en que nos hallamos, es preciso tener un revólver preparado para hacer fuego.

— Me parece indispensable.

— Pero, ¿cómo te arreglarás cuando transformado en Tritón, te encuentres zambullido en medio de ese líquido fangoso que sube con alarmante insistencia?

— ¡Caramba! no sé como....

— Tampoco yo lo sé, pero sí conozco lo que conviene. Tomo un poco de cera, la ablando amasándola rápidamente, envuelvo los cinco cartuchos de mi revólver — mi «Colt» no tiene más que cinco tiros, pero son de primer orden — en una delgada capa de cera destinada á impedir el contacto del agua con la pólvora y el piston, para no errar el tiro. De este modo, «Samuel Colt» hablará cuando sea oportuno sin te-

ner la voz romada. Estoy seguro de mi arma y esto ya es algo.

La admiracion de Nicolas se unió á cierto estupor al ver aquellos preparativos ejecutados en tales circunstancias con increíble sangre fría, matizada con un ligero tinte de causticidad.

— Te aseguro que me asombra. ¿En dónde has aprendido todo eso?

— ¿No soy discípulo tuyo? Tú me has enseñado el razonamiento, y yo le aplico oportunamente.

— Pero ya hemos charlado bastante. ¿Está preparado todo? El agua continúa elevándose. Dentro de un cuarto de hora estarémos con los pirayas.

— ¡Vive Dios! ¿Y nuestro herido?

— No le he olvidado, y tanto pienso en él, que en seguida vamos á ponerle en salvo.

— ¿Cómo?

— De esta manera. Yo conservo buenos puños y no conozco el vértigo. La choza está apoyada contra un magnífico tronco, cuyas ramas bajas se elevan á unos cinco metros del suelo. El agua no llegará á esa altura. Voy á subir hasta la copa, y en cuanto esté en ella descolgaré una amarra á la que sujetaré las dos cuerdas de la hamaca de nuestro hombre; en seguida levantaré el conjunto, y no tardará el herido en balancearse como una lámpara entre el agua y el cielo.

— Acabemos; la inundacion aumenta, y el pobre diablo no está para bromas.

Carlos, á quien ya llegaba el agua hasta media pierna, vió de pronto un martillo y varias clavijas de hierro destinadas á los cabalotes de los *staves*. Hincó una de ellas en el tronco á la altura de un metro cincuenta centímetros y se izó, á fuerza de puño, despues de colocar el martillo en su cinturón. Haciendo maravillas de habilidad y de equilibrio sostuvo en aquel primer escalón, colocado en el coloso que tenía más de tres metros de diámetro. Con la segunda clavija hizo lo mismo que con la primera; repitió varias veces la maniobra, no tardando en encontrarse á caballo sobre la rama más gruesa que se extendía lateralmente por encima de la choza.

— Vamos, alárgate pronto al herido. En seguida ven acá, y estarémos aquí como en nuestra casa.

El jóven, á pesar de la elegancia de sus formas, tenía musculatura de gladiador. El desgraciado director, inerte en su hamaca, osciló al poco rato suspendido de los robustos brazos de su salvador, como un nido de casicos colgado de una rama.

— Así, perfectamente. Ahora, si quieres, ven conmigo, porque dentro de pocos minutos no será muy agradable permanecer en la tierra firme.

Nicolas no dió lugar á que le repitieran la indicacion. Sacó los papeles guardados en la chaqueta de su compañero, los arrolló cuidadosamente, tomó la brújula, la puso en su cinturón y empezó á subir con lentitud.

— ¡Cuando acabarás! Date prisa — exclamó con impaciencia el jóven.

— Ten calma. Supongo que no querrás abandonar nuestros planos, nuestros títulos de propiedad y todos los papелetes de la Direccion del Interior.

— ¡Caramba! Tienes razon. ¡Ea! ¡Oh!... ¡Iza!

— Ya está. Nuestro herido se halla bien sujeto. Apenas respira. Sin embargo, creo que no se encuentra peor. Instalémoslos aquí, y espereamos los acontecimientos.

— ¿Qué te parece la aventura?

— Hasta ahora nada—respondió el parisiense pensativo.—Tan rápida y tan imprevista ha sido la sucesión de los acontecimientos, que aún no hemos tenido tiempo de reflexionar acerca de ellos.

— Pero ¿cuál es tu opinión?

— No la he formado todavía.

— Confiesa que no sabes nada.

— Es verdad, ¿Y tú?

— Me sucede lo mismo. Sin embargo, la presencia de este moribundo echado debajo de la flor de Victoria coronada por una cabeza de águila algo significa. Quiero suponer que el incendio sea producto de una imprudencia de borracho; pero la inundación que no viene para extinguir el fuego y que se presenta después de una detonación de carabina, me parece de origen sospechoso.

— Y á mí también, ampie los bosques guyaneses no son, á mí juicio, susceptibles de albergar seres á cuya voluntad estén sujetos las aguas y el rayo.

— Si no precisamente del rayo y de las aguas, por lo menos de un enorme hornillo de mina colocado en un banco de rocas, formando una presa natural ó una línea divisoria del agua entre dos recipientes.

— ¡Hola! ¡Hola! No es mala idea.

— Es una sencilla suposición. Pero como no creo en las hechicerías, quiero restringirla en los límites naturales.

— Acaso tengas razón. Mas, ¿cómo y con qué objeto?

— ¿Cómo? No lo sé. En cuanto al motivo, se refiere sin duda á la tentativa del asesinato de que ha sido víctima este hombre. La inundación ha debido ser provocada para completar en un momento dado la obra del incendio.

— ¿Acaso en otro tiempo no hemos empleado nosotros mismos un medio de defensa más terrible todavía y no ménos misterioso?

— Nuestra tribu de serpientes no era un ejército de soldados de plomo.

— Sea como quiera, parece que el desastre ha sido completo. El *placer* está triste y silencioso como un cementerio. Cualquiera creería que han sucumbido todos los obreros. ¿Seremos nosotros los únicos que hayamos sobrevivido á este lúgubre drama? ¿Habrá perdido la vida nuestros hombres?

— No los conozco mucho, pero creo que no son tontos y que saben salir de un apuro. Por lo demás, estamos aviados.

— Eso de estar aviados es una manera de hablar tomada de los modismos de la gran ciudad; porque en materia de avios, no veo más que esta capa de fango gris, en la cual se me hunden los pies, y que la noche va á ocultar pronto á nuestra vista.

— Vamos á hacer una señal. Acaso algunos obreros escapados á la catástrofe estén subidos en alguna rama.

— Bien pensado.

El joven llevó sus dedos á la boca, y mediante una maniobra familiar á los cazadores, lanzó un silbido agudo y prolongado.

Otros silbidos vibraron al punto á lo lejos, bajo los árboles, cuyas saniburias masas se confundían ya con las tinieblas de la noche que empezaban á caer rápidamente.

— No estamos solos—dijo Carlos á su compañero en voz muy baja.— Pero urge no volver á empezar. No sabemos si se trata de amigos ó de enemigos.

En señal se renovó en diferentes puntos y con intermitencias más ó ménos largas, como si la hiciesen gentes que recorrieran en canoa la superficie invadida por las aguas.

Los dos europeos ocultos entre el ramaje permanecieron inmóviles. La noche era muy oscura. Oyéronse otros silbidos suavemente modulados, y luego un perro dió algunos ladridos breves y sonoros. El herido empezó á quejarse.

— ¡Silencio!—dijo la voz de Carlos.— Ni una palabra ó somos perdidos.

Después añadió, dirigiéndose á su compañero:

— Esos hombres no son del *placer*. Ó mucho me engaño ó no tardaremos en penetrar el misterio que nos rodea. Por lo que pueda ocurrir prepárate bien.

— Así lo haré—repuso Nicolás en voz tan débil como un suspiro, y apretando la empuñadura de su machete.

Transcurrió un cuarto de hora que duró tanto como un cuarto de siglo. Solamente aquellas cuyo corazón ha latido con violencia ante un peligro incógnito en aquella inmensidad feroz, comprenderán la terrible angustia de quince minutos de espera.

Luego se oyó un rumor de agua golpeada, producido indudablemente por el remar de los *psagayes*. El perro, que debía estar muy bien amaestrado, no volvió á ladrar; pero de su garganta salieron esos gemidos entrecortados habituales en los individuos de su raza cuando se hallan sobre la pista. Aquel quejido del lebrul en busca, se hizo cada vez más perceptible hasta llegar de un modo brusco al pie del árbol que servía de asilo á los dos amigos y al herido.

Carlos y Nicolás, cuya vista acostumbrada á las tinieblas podía divisar los objetos en medio de la noche, descubrieron una vaga mancha negra que se destacaba sobre las aguas algo ménos sombrías. Aquella mancha que se movía lentamente sin producir el más leve ruido, afectaba la prolongada forma de una piragua. El perro seguía gruñendo como si una mano poderosa estuviera apretándole el hocico.

El tronco del árbol, formado de fibras secas y duras, resonó á causa de un choque poco intenso, pero que, sin embargo, se repercutió desde la base hasta la cima; tan grande es la sonoridad de aquella madera incomparable. Aquel choque no podía ser producido más que por la punta de la piragua, opinión que al punto fué corroborada en el pensamiento de ambos amigos por el imperceptible rumor de voces que no tardó en seguirle.

Carlos preparó su revólver apoyando el dedo en el fiador para impedir el ruido de las llaves. El revólver era un *New-Coll*, hermosa arma de cañón corto,

de gran calibre, y que, á pesar de su reducida longitud, poseía una precisión increíble. Á fin de aumentar las garantías de seguridad ofrecidas por este arma, el inventor la ha provisto de tres escapes. Carlos, poco familiarizado con ella, no se acordó de comprimir por bastante tiempo el fiador, y la tercera mnsca dejó oír su característico y seco ruido.

La piragua se deslizaba lentamente; describió un círculo completo en torno al árbol que servía de centro y volvió á su punto de partida. Los remeros, más silenciosos que nunca, se detuvieron entregándose á una misteriosa operación que duró más de diez minutos. La fina corteza de aquel gigante vegetal picada y como roída, rechinaba suavemente sin que los dos



Carlos prepara su revólver.

amigos lograrán descubrir la causa de tal ruido.

Carlos, que no podía comunicar sus impresiones á su compañero, no estaba lejos de suponer que aquellos extraños visitantes hubiesen aplicado un petardo al pié del árbol ó ¿quién sabe?... acaso un cartucho de tela lleno de dinamita y arrollado en forma circular. La violencia de la detonación que precedió á la inundación hacía admisible esta hipótesis.

Afortunadamente no ocurría nada de esto. Cesó el trabajo ejecutado al pié del árbol, y en medio del

mayor asombro de los dos blancos, se elevó de pronto sobre las aguas una voz llena, sonora, pero de acento gutural muy pronunciado.

Dos gritos roncós : ¡ Rhenga !... ¡ Rhenga !... se oyeron despues de una larga frase pronunciada en lengua desconocida y que parecía una especie de conjuro. La piragua se alejó muy despacio produciendo aquel ligero rumor de agua sacudida que señaló su llegada.

Carlos desmontó el revólver y rompió el silencio ántes que nadie,

—Decididamente, mi querido Nicolás, estamos sumidos en pleno misterio. Yo creí que conocía todos los secretos de mi bosque, y me parece que lo he bu transformado durante mi ausencia.

—En efecto, no sé lo que hicieron esos tumantes con su ¡Rhenga!.... palabra que jamás he oído, y su extravagante frase más incomprendible que el dialecto de Auvergne.

—Si la luna que empieza á mostrar una de las puntas de su cuarto creciente se hubiera dignado aparecer en tiempo oportuno lanzando un rayo sobre esos sacerdotas de alguna divinidad rara....

—Hubieras podido, sino enviarles una bala de once milímetros, por lo menos hacer un agujero en su pláguia con probabilidades de dejar tuerto á alguno. Quizás así habiéramos podido saber á qué atenernos.

—Y también nos habríamos ganado alguna flecha.

—En una noche como esta no hay ningún peligro.

—Bien mirado, nada nos han hecho. Hubiera sido una torpeza en mí el romper las hostilidades contra hombres, probablemente algo tocados á la cabeza, pero á los cuales debemos considerar como inofensivos mientras se abre una amplia información.

En aquel momento fué cortado el diálogo por un nuevo rumor de agua agitada; pero tan intenso como el que producía una embarcación tripulada por cuatro hombres que manejasen los pagayos con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo pareció que salía del remolino un soplo anhelante como el resuello de un caballo lanzado al galope más voraginoso. Por desgracia, vino una nube á ocultar la luna; pero no con tanta rapidez que no pudiese descubrir el joven una forma oscura que avanzaba rápidamente hacia el punto en donde se hallaban los de la canoa.

El alentar se hizo más roncoco, más anheloso, y estaba acompañado de frecuentes sacudidas en el agua. Parecía el ruido que produjeran dos hombres nadando juntos, ó las aletas de un cetáceo. Fueran hombres, fueran peces, el caso es que la cosa inominada y casi invisible, se detuvo al pie del árbol, resolló con esa especie de bufido entrecortado, familiar á los nadadores, y se zambulló ruidosamente.

—¡Caramba! —dijo Carlos cansado ya de dudar.— Quiero conocer por mí mismo lo que es esto.—¿Quién vive? — exclamó con voz atronadora.—¿Quién vive?

No obtuvo respuesta.

—Por tercera vez.... ¿Quién vive? ¡Si no se me responde, haré fuego!

Volvieron á oírse los resoplidos con más fuerza, y Carlos, impaciente ya, apuntó como pudo y dejó escapar el tiro.

Los cartuchos del revólver *New Colt* encierran una considerable carga de pólvora, necesaria á su gran fuerza de penetración y á la curva trayectoria del proyectil. Por esta causa retumbó la detonación como un trueno, repercutiendo á lo lejos bajo las ramas, y sobre la superficie del agua. La luz que acompañó al disparo fué deslumbradora.

Oyóse un grito espantoso, uno de esos gritos que dominan la gran sinfonía ejecutada todas las noches á gran orquesta por la *Euterpe* equinoccial. Los dos

Robinsones, más sorprendidos que alarmados, no recordaban haber oído jamás un clamor asílogo.

El incógnito visitante hizo un movimiento brusco, y se sumergió en las aguas, que saltaron como un audaz á impulsos del golpe.

—Ya va bien servido —dijo Carlos en tono alegre, mientras deslizaba un cartucho en el cilindro de su revólver. Pero para él. Duraba demasiado aquella operación de aserrar.

—Pero.... ¿qué es eso? —preguntó Nicolás.—¿Continuará esta historia por mucho tiempo?

—¿No oyes esos gritos reiterados allá abajo, hacia el arroyo?

—Tienes razón, y si no me engañan mis ojos me parece que veo algunos bucos.

—Es verdad. Los recién venidos no se ocultan. Acaso sean amigos.

—¿Estoy loco? ¿Deliro? Nicolás.... Sí, oigo mi nombre....

—Me llaman.... También pronuncian tu nombre.... ¡No hay duda!.... ¡Dios mío!.... Si fueran....

—¡Carlos!.... ¡Nicolás! —gritaban las voces acercándose.—¡Carlos!.... ¡Nicolás!.... ¿Dónde estáis?

—¡Mi padre!.... ¡Mis hermanos! —exclamó el joven ébrio de alegría.

—¡Señor Robin!.... ¡Los niños! —lallucó el parisense.

—Por aquí.... por aquí....

—¿Dónde estáis?....

—¡Padre mío!.... Ven hacia aquí —contestó Carlos disparando un segundo tiro.

El ruido y el fogonazo guiaron á los Robinsones, que llegaban bogando hasta no poder más.

La figura del ingeniero se destacaba en medio del resplandor producido por su antorcha de cobre que iluminaba el reluciente torso de Lomi colocado á vanguardia.

Llegó al pie del árbol, y levantando la cabeza, descubrió por fin á los dos hombres que se hallaban montados en la rama, teniendo cerca de ellos la hacha, en la cual yacía devorado por la fiebre el desgraciado director del *placet*.

—¡Padre!.... ¡Padre!.... ¡Somos nosotros! ¿Dónde está mamá?

—¡Carlos! ¡hijo mío!.... ¡querido niño! —exclamó con voz agitada por la emoción la señora Robin, que en aquel momento llegaba.

—¿No estás herido?

—Estoy perfectamente y todo marcha bien, puesto que nos hallamos reunidos.

—¡Carlos! —gritaban alegremente los tres hermanos.—¿Eres tú?....

—¡Yo mismo!.... amigos míos.... con Nicolás y un magnífico catálogo de aventuras, os lo confieso, desde el boulevard Montmartre hasta el árbol en que nos encontramos actualmente.

—¿Podéis bajar con facilidad? —preguntó Enrique.

—Tenemos una escalera. Pero procedamos con orden, y sobre todo, vigilad con cuidado mientras desocupo la ambulancia.

—¿Tenéis heridos?

— Uno, á quien podeis ver desde abajo. El pobre diablo está en la hamaca.

— ¿Qué es eso? ¿Qué te sucede, Lomi? — preguntó Robin al homi sin responder á su hijo.

El negro, con los ojos dilatados por el terror, y la boca entreabierta, no podía articular ni una palabra. Su dolo indico, completamente rígido, señalaba al jefe de los Robinsones el extraño emblema que ya conocemos; una cabeza de aimara y una flor de *Victoria* sujetas al tronco del árbol.

— ¿Qué significa eso, Lomi?

— ¡Oh! — respondió el homi con voz ahogada.... ¡Oh! ese animal.... es de Maman-di-l'Eau. ¡Oh! ¡Voy á morir!

— ¡Amigo mio! ¡Tu Maman-di-l'Eau te vuelve loco!

— ¡Oh, mi amo!.... Maman-di-l'Eau mata á todo el mundo que ven ese trofeo.

— Vamos, tranquilízate, y no pierdas la razon. Ayúdame á soportar el peso de este hombre que baja en la hamaca, y á instalarle cómodamente en la piragua.

Lomi obedeció temblando, y en cuanto M. du Vallon estuvo acostado en el lecho de hojas, que ántes formaron la tienda-abrigo, Carlos y Nicolas se descolgaron con la agilidad del mono de su aérea guarida, abrazando en seguida frenéticamente á los miembros de la familia.

El jóven, que habia oido la exclamacion de su compañero el homi, levantó la cabeza y descubrió á la altura de un hombre los dos objetos semejantes á los que Nicolas y él habian encontrado encima de M. du Vallon.

— ¿Dices que todo esto es obra de Maman-di-l'Eau? Pues no ha hecho mal negocio tu nayade guayanesa si ha sido ella quien ha puesto á nuestro herido en tan lamentable estado, derramando ademas sobre el *placer*, yo no sé cuantos millones de hectólitros de agua.

— Afortunadamente empieza á descender la crecida. Si quieres, padre, vamos á buscar á nuestros hombres. Espero encontrarlos colgando de algun árbol, como una bandada de cotorras esperando que las aguas se retiren. Me alegraré mucho de volver á poner la mano sobre mi carabina «chokobore», un arma sin igual, de cuyo sistema os traigo una para cada uno.

No era prudente emprender de nuevo durante la noche aquella navegacion, sobre una capa de agua erizada de obstáculos y como jalónada á capricho con tocones apenas visibles durante la noche, y con los cuales era peligroso tropezar en medio de la oscuridad. La primera piragua, pesadamente cargada, á causa del aumento de tres nuevos pasajeros, hubiera zozobrado al primer choque.

En vista, pues, de las dificultades, se amarraron las embarcaciones á un árbol, dejando suficientemente largos los bajucos que sirvieron para aquella operacion, con objeto de evitar los accidentes que resultasen del probable descenso de la crecida.

Trascurrió la noche sin novedad alguna y sin fastidio, gracias á los relatos llenos de agudeza que Carlos hizo de su excursion por Europa. Llegó el dia, y

el jóven tuvo la suerte de encontrar su carabina enterrada bajo una espesa capa de fango. La excelente arma no habia sufrido ningun desperfecto, gracias al esmero con que habia sido construida por su hábil fabricante el célebre Guinard. El cañon, la palanca, y el *top-lever* fueron frotados con un poco de grasa de cota, el mejor recurso para quitar la herrumbre, y al cabo de breves instantes pudo Carlos hacer admirar á sus hermanos las cualidades de aquel magnífico producto de la arcabuceria contemporánea.

Entre tanto, los seis hombres que quedaron entregados á su suerte cuando se descubrió el cuerpo de M. du Vallon, señalaron su presencia con sus gritos y varios disparos. Los pobres diablos, asustados todavia por los sucesos de la vispera y por los ruidos misteriosos que se oyeron durante la noche, estaban más muertos que vivos. Solamente al ver á los blancos desapareció su terror. Hallábanse encaramados en unos árboles y habian perdido una parte de sus provisiones, consiguiendo salvar los equipajes. Bajo este punto de vista, no eran considerables los daños. Por fin, nadie dejó de acudir al llamamiento de los Robinsones cuando ocuparon sus puertos en la espléndida lancha de vapor que encontraron amarrada en el mismo sitio que ocupaba la vispera por la noche.

Mientras que el herido comenzaba á recobrar el dominio sobre sus facultades, el ingeniero examinaba, como inteligente, la preciosa máquina vertical de Horn-Achoh para usar combustible de leña. Hacía funcionar el pequeño regulador perfeccionado, mediante el cual se puede conseguir instantáneamente la marcha hacia atras, y admiraba los diminutos aparatos destinados á engrasar aquel organismo de metal tan sensible como poderoso. En una palabra, él, que no habia podido darse cuenta de los progresos realizados durante veinte años por los constructores mecánicos, estaba realmente estupefacto.

En pocos minutos quedó hecha la provision de leña, el fogon encendido y elevándose rápidamente la presion, se coronaron las válvulas con blancos copos de humo. Las piraguas, en las que fueron embarcados los seis hombres de la escolta, se amarraron á la popa de la lancha, y Enrique se apoderó con la mayor alegria de la barra del timon, en tanto que Carlos y Nicolas se ocupaban de la máquina.

— Padre — dijo sonriéndose el jóven. — Enrique es el timonel, y Nicolas y yo hacemos los oficios de fogonero y maquinista. Tú eres nuestro capitán, ¿no es verdad?

— Pero, hijo mio, te confieso que por ahora me faltan los conocimientos técnicos; mas tarde no diré que no los tenga.

— Si no aceptas el grado de capitán, te prevengo que, áun cuando no quieras, te nombraremos almirante.

— Tanto honor me confunde — dijo el dichoso padre riéndose. — Me entrego sin condiciones, y accepto el mando que me ofrezcas tan generosamente, mi querido armador.

— ¡Pues bien, capitán! todo está dispuesto.

— ¡En ese caso, adelante!

Al oír Lomí y Bacheliko aquella voz de mando tan conocida, introdujeron sus pagayos en el agua, disponiéndose a bogar. Los pobres negros ignoraban lo que era una hélice. Extendían sus fuertes músculos y trataban, pero en vano, de hacer que avanzase la embarcación pesada, cuando el silbato de la máquina lanzó de pronto tres ó cuatro salidos estridentes.

Tal fué su espanto, que saltaron los pagayos y se detuvieron petrificados, con la boca abierta, los ojos en blanco, los brazos tendidos y sin poder articular ni una palabra. Otra cosa muy distinta sucedió cuando el hélice empezó á rugir en medio de un blanquísimo surco de espuma, y la lancha, saltando sobre las tranquilas aguas del arroyo, arrastró las piraguas con vertiginosa rapidez.

Sin la presencia de sus queridos blancos hubieran escalado el Harete para huir de una embarcación dotada de un «piaya» tan poderoso que andaba sola y cinco veces más de prisa que las tripuladas por los mejores romeros del contorno.

— ¡ Oh !..... ¡ Estos blancos !..... ¡ Oh , madre mía !..... ¡ Oh , Dios !..... ¡ Oh !

Todavía se cruzaban en interjecciones con la natural superabundancia, en vista de aquel prodigio, cuando llegaron á la desembocadura del arroyo.

— ¡ Hola ! — exclamó Carlos sobresaltado — ¡ mis canoas no están en su sitio.

— ¡ Es imposible ! — repuso Nicolas. — El patron tenía órdenes terminantes para esperarlos aquí.

Un siniestro presentimiento asaltó el corazón de Robin.

Desde la lancha de vapor se extendía la vista á gran distancia sobre el Maroní. Las aguas del caudaloso río presentaban un color gris, plumizo, y estaban limitadas en la orilla opuesta por una interminable faja de vegetación. En vano dirigió Cárlos á todas partes su excelente anteojo de marino, registrando las más pequeñas fragosidades de las riberas. Las grandes barcas habían desaparecido.

— Nos han robado — dijo el joven palideciendo ligeramente. — He sido un torpe al confiarme á ese licenciado de presidio. No me volveré á suceder. Todavía estará cerca ; vamos á perseguirle, y pronto le alcanzaremos... entonces ¡ pobre de él !

— Cárlos, hijo mío — repuso el ingeniero — creo que te equivocas. Le conozco y puedo responder de él. Es capaz de defender hasta la muerte el depósito que le has confiado. Si no está aquí es porque habrá sido víctima de alguna espantosa catástrofe.

CAPITULO VII.

De cómo un inglés dos veces millonario puede considerarse muy infeliz por no tener el *aplomb*. — Desesperación de un enfermo imaginario al saber que su fazo páese dimensiones anormales. — Caprichos de inglés monomaniaco. — Navegación hasta el último extremo. — La aronja del brassico. — Mister Peter-Paulus Brown de Sheffield, no encuentra otro recurso mejor que el de matar á fuego lento á su mujer y á sus hijos para conservarles su esposo y su padre. — Navegación del *Céfiro Alberto*. — La galea *Saphir*. — El horror á la tierra firme. — Un temerario de todos los métodos de navegación desde el *steamer* hasta la piragua.

Peter-Paulus Brown había sido durante veinte años el cuchillero más dichoso de Sheffield. En ese tiempo, el acero del hábil fabricante transformado en

cuchinas de afeitar, cuchillos, cortaplumas, tijeras y limas para las niñas era muy apetecido en los mercados de ambos mundos; y los jurados de las Exposiciones de Viena, Brusélas, París, Lóndres, Madrid y Filadelfia le habían honrado con innumerable cantidad de medallas. Peter-Paulus Brown mandó encargar en plen de Rusia los diplomas escritos en todas las lenguas y enseñaba con cierto orgullo el volumen que formaban, y cuyas dimensiones eran iguales á las de su libro mayor. Las medallas resplandecían como opulenta constelación en las paredes del despacho de Peter-Paulus, extendiéndose á manera de mundo planetario en cuyo centro brillaba el *Sheffield-Star*. La estrella de Sheffield, ingeniosamente formada por el hábil cruzamiento de tipos de las diversas hojas construidas en los talleres, era, como decimos en Francia, el pabellon de la casa. Sin necesidad de explicaciones se comprenderá la delicadeza de esta aproximación, por la cual siempre tenía Peter-Paulus ante sus ojos el símbolo del trabajo y la recompensa de éste.

No hemos exagerado nada al decir que Peter-Paulus había sido durante veinte años el cuchillero más dichoso de Sheffield, que verdaderamente son muchos. Pero al cabo del año vigésimo, el honrado fabricante hizo una reflexion muy juiciosa, y fué que los pelos de su cara, tan sutilmente segados por sus excelentes hojas, empezaban á platear en aquella epidérmis, sombreadas por un vello suave cuando se dedicó á los negocios. En otros términos, Peter-Paulus comprendió que había provisto las necesidades de la rasura de una generacion entera.

Luégo pensó seriamente en descansar y en hacer liquidacion de su casa. Mistress Brown — Arubella — como le llamaba el afortunado Peter-Paulus, sometida como toda buena inglesa á las resoluciones de su señor, dió su aprobacion creyendo que su esposo obraba *perfectly well*. Bien mirado, le importaba poco. Ni siquiera sabía dónde estaba instalada la fabrica, y nunca salia de su quinta más que para llevar todos los años en el mes de Julio y á la playa de Ostende á sus dos hijas, mis Lucy y mis Mary.

Las operaciones de la liquidacion dieron pasto suficiente á la actividad de Peter-Paulus. Pero cuando todo hubo terminado, llegó un día en que la inercia pesó con sobrada fuerza sobre los hombros de aquel robusto trabajador. El estruendo de los martillos, el rechinor de las limas, el rugido de las máquinas y todo aquel inmenso movimiento industrial que habla sido su vida, le faltó de repente; y Peter-Paulus, enriquecido con sus cien mil libras, ó sean dos millones y medio de francos, se aburrío como sólo un inglés puede aburrirse haciéndose ridiculo en el más alto grado sin que nada quedase en él del hábil industrial.

Se propuso imitar á los grandes señores, y no consiguió más que hacerse sobornadamente grotesco. Después de usar y abusar de los placeres fáciles de que puede saturarse un millonario en busca de aventuras, dispuso de haber apostado y perdido, después de ver sangrientas riñas de gallos, luchas de boxadores, ratas devoradas por perros de remanado hocico y de orejas cortas, Peter-Paulus empezó á comprender que

sus recreos á la moda no eran en manera alguna divertidos, y sintió que le acometía áspero y punzante hastío.

Desesperada mistress Arabella por aquel cambio de carácter, suspiraba en silencio sin atreverse á hacer la más ligera observación y fingiendo ignorar lo que sucedía. Las cosas iban de mal en peor, cuando cierto día volvió Peter-Paulus á su casa lleno de satisfacción y de contento. Su boca, que desde mucho tiempo antes había olvidado el sonreír, se plegaba de un modo placentero; y su fisonomía, casi siempre rígida como la de un cadáver, estaba radiante de júbilo.

Su cuerpo, inclinado como el peso de una tristeza abrumadora se irguió gallardamente, y acercándose á su mujer la dijo riéndose:

— ¡Arabella, creo haber tenido *spleen*!

Una de las manías de Peter-Paulus consistía en hablar francés. Había impuesto el uso de nuestra lengua á su familia, proscribiendo con todo rigor el inglés en todas las conversaciones, aún en las más íntimas.

— ¡Sí! — continuó — ¡*spleen*!..... ¡El *spleen*, como lord Harrison, como lord Barklay, como el baronnet Wilmore, como nuestro gran Byron!.....

— ¡Oh! ¡*mi dear*!.....

— Decid: *mon cher, if you please*, no..... no, *c'est vous plaît*.

— *Mon cher*.

— *Wery bien*..... *Tres well*..... ¡*Aoh*! Yo no sabía, estaba loco..... ¡Oh, placer!..... El *spleen* como todos esos hombres tan famosos!..... ¡Tenía *spleen*!

Mistress Brown no se atrevió á descifrar el enigma de aquella extraña manifestación de una enfermedad tenida, con motivo, por el prototipo de las afecciones exclusivas de los desesperados, felicitándose sinceramente por el dichoso cambio ocurrido en el genio de su esposo.

El gozo de Peter-Paulus al reconocer que estaba atacado de un mal tan elegante y propio de los personajes de la alta sociedad, le mantuvo despierto toda la noche. Vióse recorriendo el mundo devorado por un fastidio insuperable. Caminaba por el borde de precipicios hácia cuyo fondo le atraía el vértigo del suicidio. Subía por las montañas y cruzaba los océanos, pero con nada disminuía la intensidad del mal. Peter-Paulus meditaba sobre el mérito de ahorcarse, ese género de muerte eminentemente inglés. Pensaba en la sumersión que pone azulado el semblante, en el agua de fuego que desfigura, en el veneno que retuerce las entrañas, y sonreía ante la idea de la asfixia por carbon, aunque al mismo tiempo consideraba que era un sistema de suicidio reservado especialmente para las gentes de poca más ó menos.

Ya tenía su vida un objeto, siquiera fuese el de buscar los medios de ponerla fin. Un hombre que tiene *spleen* debe acabar matándose. Pero Peter-Paulus no había llegado aún á tal extremo. Su *spleen* iba á procurarle una ocupación. Los miembros del Fox-Club, del cual era vicepresidente, acogieron la gran noticia, no sin cierta envidia. Si bien algunos, el menor número, le compadecieron con toda su alma, otros le

envidiaron ó pusieron en duda su afirmación. Esto no agradaba á Peter-Paulus que, como hombre experimentado, quiso confundir en el acto á los escépticos y obtener victoriosamente su título de *spleen*. Subió á un *cab* y fué á consultar á todas las eminencias médicas que en Inglaterra, como en cualquier parte, tienen la pretensión de saberlo todo y algo más.

El pobre enfermo imaginario debía ¡ay! experimentar una cruel decepción. En vano hizo vibrar consecutivamente y con mano nerviosa las campanillas eléctricas de cuatro profesores: doctor Campbell, doctor Hastings, doctor Nachtigall y doctor Harwey. Después de haberle palpado, auscultado, golpeado, vuelto y revuelto unos después de otros, declararon unánimemente que el bazo de Mister Brown media cuatro centímetros y medio desde su borde superior al inferior, y que dicho Mister Brown no tenía, por consiguiente, nada que temer de la esplenalgia.

¡Nada que temer!..... Aquellos sabios eran muy crueles. Ningun moribundo quedó jamás tan desolado al oír formular la terrible sentencia, como Peter-Paulus cuando tuvo conocimiento del brutal *ultimatum* que le condenaba á la salud.

— La facultad inglesa es estúpida — exclamaba furioso, olvidando que para un inglés todo lo que es inglés y nada más que lo que es inglés, se halla por encima de todo.

— Arabella, quiero consultar á los médicos de París. Y Peter-Paulus Brown, de Sheffield, provisto de una manta de viaje y de una maleta, se lanzó al camino de hierro que le dejó en el *warf* de New-Haven, saltó al *paquebot* de Dieppe, estuvo dando arcañas durante doce horas, víctima de los horrores del mareo, y se apeó en el hotel Continental, mafios atando que nunca de aquel imaginario *spleen* y fresco como una rosa de Mayo.

Desde el Hotel continental empleó Peter-Paulus dos meses en ir á la plaza de Vendôme, á casa del profesor D..... Dascientos metros en dos meses era poco, sobre todo, para un hombre presa de una enfermedad que se manifiesta por vivísimo deseo de moverse. Pero sí, como dice el refrán, el infierno de los creyentes está empedrado de buenas intenciones, hay otro infierno en los *boulevards* de macadam y en las calles de asfalto, infierno muy agradable que tiene la propiedad de dar á las intenciones, aún las más puras, resultados diametralmente opuestos.

Por consecuencia, Peter-Paulus llevó su *spleen* á tambor batiente, como suele decirse, sin dejarle un momento de reposo. Las cenas delicadas, habíamos solamente de las cenas delicadas, consumieron una gran parte de su existencia. Durante doce horas del día, ó mejor dicho, de la noche, las fondas más frecuentadas por los noctámbulos ofrecieron bajo diversas formas al insular las distracciones que necesitaba así bazo.

«¡Su bazo!..... Cuando pronunciaba majestuosamente estas dos palabras á mí bazo.....», Peter-Paulus lo expresaba todo. Y como pagaba espléndidamente, cual verdadero inglés excéntrico, como su cuaderno de letras de cambio se abría á cada instante para pagar anticipadamente los caprichos más estrambó-

ticos, el bazo de Su Señoría conquistó en buena lid el derecho de ciudadanía. Los vívidores repetían con adulación las más insignificantes palabras del dueño de aquel notable órgano, y los periódicos de la buena sociedad se dignaron enviarle sus noticieros.

Recordaríamos tan sólo algunas singulares ideas

puestas en ejecución por el ex-cuchillero. Uno de los *restaurants* del *boulevard* tiene una fuente con una taza poblada de peces encarnados. Cierta noche, durante la cena, hizo Peter-Paulus que se alimentase el surtidor con champagne; mandó que se sacasen los peces, y puso en su lugar un ciento de cangrejos co-



Se dirigió á Southampton.

cidos. Encargó que le construyesen una pequeña guillotina, obra maestra de precisión, y no comía nunca huevos pasados por agua sin cortarlos con el triángulo de acero.

No hablo de otras muchas y parecidas excentricidades. Todas las mañanas, atracado Peter-Paulus de succulentos manjares, y saturado de toda clase de líquidos, era conducido triunfalmente á su fonda, ébrio hasta la catalepsia. Tan delicada existencia no podía durar por mucho tiempo; así fué que, á falta de *spleen*, despertóse una mañana el insular acometido

por una gastritis formidable. Acabó por donde debía haber comenzado y mandó llamar al doctor D.... el cual calificó la enfermedad desde el primer momento pronosticando desagradables consecuencias.

— Es una gastritis, milord.

Peter-Paulus se daba aires de lord en sus ratos perdidos, es decir, á cada instante, desde que estaba en Paris.

— Yo no tengo gastritis, es mi bazo....

— No, milord. Vuestro bazo no hace aquí ningún papel. No tenéis *spleen*, sino una gastritis.

- ¿Que no tengo spleen?
 — No.
 — El spleen como lord Harrison ... como lord.....
 — Os digo que es una gastritis. Pero tranquilizaos
 — continuó el médico comprendiendo que tenía que
 habérselas con un maniático. — La gastritis es una

enfermedad que está de moda, y fácil de sobrellevar, especialmente cuando es crónica.

— Os doy cien libras si haceis que mi gastritis se convierta en dolencia crónica en seguida.

— Haré lo que pueda, y creo que quedaréis contento.



¿Me encanta la navegacion?

El doctor D... cumplió su palabra. Peter-Paulus, flaco, débil y desconocido, emprendió al cabo de tres semanas el camino de Sheffield, ofreciendo un caso patológico elegante muy distinguido, y debidamente comprobado por una celebridad médica. No pudiendo ser Manfredo se resignó á ser Falstaff. Esto ya era algo.

Pero en esta vida andan juntas la felicidad y la desgracia. El pobre Pater-Paulus, seriamente enfermo, no podía entregarse á su pasión predilecta: los

buenos manjares y el buen vino. Se apoderó de él el fastidio, y con el fastidio un insoportable horror á la vida.

— Viajad, y sobre todo, viajad por mar— le aconsejaron al unisono el doctor Campbell, el doctor Hastings, el doctor Nachtigall y el doctor Harwey, que siempre estaban de acuerdo como un implacable cuarteto de infalibles.

Peter-Paulus tomó un fajo de billetes de banco, su inseparable cuaderno de talones, su plaid y su ma-

leta, y se dirigió á Southampton, acompañado de mistres Arabella, de miss Lucy y de miss Mary.

El *Nilo* de la *Royal Mail Steam Packet Company Ship*, se dispuso á zarpar con rumbo á Veracruz, con escalas en Saint-Thomas, Puerto-Rico, Santo Domingo, Jamaica y Cuba. Peter-Paulus tomó dos camarotes, se instaló como hombre aficionado á las comodidades, y esperó con impaciencia el *goahead* del capitán.

No se hizo esperar el ruido del silbato del steamer, silbó el vapor y el *Jack* subió lentamente á lo largo de su driza ondeando en el tope de mesana. Rugió el hélice, y partió el *Nilo* llevando á lejanas tierras á Peter-Paulus y su gastritis. El viajero no estaba exento de aprensión con respecto á ese momento psicológico tan conocido de los navegantes y que se traduce al cabo de una hora, cuando más, por una tenaz tristeza acompañada de convulsivos saltos ejecutados por el diafragma. Entonces quédanse los salones solitarios como por encanto; la toldilla de popa está desierta; los pasajeros víctimas de los horrores del mareo llegan trabajosamente á sus camarotes; se encierran con gran cuidado, y.... es fácil adivinar la demas.

Mistres Arabella, miss Lucy y miss Mary pagaban con exceso aquel tributo de las primeras horas de embarque, mientras Peter-Paulus permanecía como un estorbo en medio de los escasos pasajeros á quienes no lograba conmovir el balanceo.

¡Cosa rara! Sintió en la region epigástrica una especie de leve hormigueo, no desagradable á la verdad, acompañado de prolongados bostezos.

— ¡Ahh! — exclamó pensativo — sigue mi gastritis.

El cosquilleo continuó acentuándose, y los bostezos volvieron á comenzar con mayor fuerza.

— ¡Ahh!.... — dijo — ¡Tengo hambre! ¡Era hambre! ¡Ahh!.... La navegacion es muy hermosa, Steward.... vápid pronto.... Dadme todas las buenas cosas que toneis para comer.

El jefe del comedor se multiplicó, y Peter-Paulus comió hasta dar envidia á la sombra de Falstaff, el rival de nuestro Gargantúa.

Al día siguiente y en los sucesivos, nuestro hombre engulló cuanto quiso, como un cañan hambriento. Á bordo de los vapores ingleses se hacen cinco comidas diariamente; pero él se dió maña para hacer diez, sin ocuparse de su mujer y de sus hijas, obligadas por el mal tiempo á permanecer en sus camarotes. El voraz isleño, cuyo organismo se restauraba con el influjo del Océano, repeta sin cesar:

— ¡Oh! ¡La navegacion!.... ¡Me ensaña la navegacion!.... ¡Hurrah por la navegacion!....

Entre tanto, se desesperaban las pobres mujeres; pero al gloton no le importaba un ardite, y seguía atracándose como enatro.

Peter-Paulus era en aquella época hombre de unos cincuenta años, de barba y cabellos castaños, y poseedor de una cabeza que no se comprendía el que pudiera hallarse sobre los hombros de aquel maníaco egoísta. Tenía la frente alta y despejada como la de un pensador. Sus ojos grises, de mirada un tanto extraviada, brillaban de un modo extraño bajo el es-

peso material de sus cejas. Su nariz aguileña, un poco enrojecida por los tragos demasiado frecuentes de su dueño, no dejaba de tener carácter; y su boca, todavía bien provista de dientes, indicaba con los dos pliegues que caían de las comisuras de los labios una voluntad implacable.

Barrá vez se sonreía, pero lanzaba convulsivas carcajadas, y su risa producía miedo. Pasaba su estatura de cinco pies y diez pulgadas. Era delgado, pero de fuerte musculatura, con la espalda un tanto prominente, peculiar á los hombres acostumbrados á trabajos manuales. Sus manos, de gruesos, nudosos y velludos dedos eran enormes, y sus pies, calzados con zapatos de tacón muy bajo, recordaban, por sus dimensiones, las cajas en que se guardan violines.

Cuando Peter-Paulus no comía, gustaba de andar solo. Á cualquier hora del día ó de la noche veníase recorriendo silencioso los pasillos del gigantesco buque. Siempre que estallaba alguna tormenta acompañada de truenos y de ráfagas de viento, salía de la cofilla de la escalera de primera clase una sombra colosal que, recorriendo la distancia de popa á proa y vice-versa, permanecía indiferente á todo lo que le rodeaba. Era Peter-Paulus, que herméticamente embutido en un impermeable, fumaba su pipa, una de esas horribles pipas de madera, de tubo corto, como las que usan furtivamente los presidiarios en los patios de las cárceles. Su traje, completamente negro, no experimentó modificación alguna, ni aun en el mar de las Antillas, cuyas olas parecen de agua hirviendo, á causa del irresistible calor de los trópicos.

Cuando el buque hacia escala, veníase aparecer pálidas y como marchitas á mistres Arabella y á sus dos hijas, felices al hallarse libres durante algunas horas de su insuperable encierro, pues las pobres mujeres, que tenían organismos enteramente refractarios á la navegacion, no podían acostumbrarse á los movimientos del barco. Por el contrario, Peter-Paulus aborrecía las escalas. Su mayor delicia se cifraba en comer, beber y dormir, arrullado por el balanceo y la arfada.

En Veracruz subió de punto el enojo de Peter-Paulus, con motivo de la forzosa parada del vapor, que debía hacer carbon y dejar parte del cargamento. Seis días sin navegar constituían para él un verdadero martirio. Pero como inglés millonario y prudente fletó una pequeña goleta y se puso á dar bordadas por su propia cuenta, imponiendo, según costumbre, á las infelices mujeres, la permanencia á bordo. ¡Qué remedio había! ¡La navegacion era indispensable á Peter-Paulus Brown de Sheffield!

El *Nilo* regresó sin novedad á Southampton, y al día siguiente de su llegada se embarcó Peter-Paulus en el steamer *Halifax*, de la compañía Cunard, que zarpaba haciendo rumbo á New-York. El *Halifax* fué juguete de una furiosa tormenta. Faltó poco para que mistres Arabella, miss Mary y miss Lucy murieran de terror y de sufrimiento; pero Peter-Paulus pudo comer doce veces al día. Su entusiasmo por la navegacion rayaba en delirio. El mar llegó á ser el elemento indispensable de su vida.

(Se continuará.)

EL SARGENTO FEDERICO

(HISTORIA DE UN FRANCÉS EXPULSADO POR LOS ALEMANES),

POR ERCKMANN-CHATRIAN.

TRADUCCION CASTELLANA DE FERNANDO GARRIDO.

Empozamos á bajar la pendiente, y, te lo confieso, Jorge, al acercarme á la casa y pensar que no había más remedio que dar la terrible noticia á mi hija y á la abuela, se me oprimía el corazón.

Llegamos por fin, y Juan entró el primero. Yo corré la puerta, y le seguí.

Serían las cuatro de la tarde; María Rosa mandaba patatas para la cena, y la abuela, sentada en su sillón cerca del fuego, parecía distraerse viendo el chisporrotear.

Di algunas vueltas por el cuarto, y como de un modo ú otro había que empezar, les referí con todos sus pormenores las proposiciones del Inspector para entrar al servicio del rey de Prusia. Hablaba despacio, llamaba á las cosas por sus nombres, sin ocultar ni añadir nada, porque quería que aquellas pobres mujeres escogieran entre la miseria y la deshonra.

María Rosa estaba pálida; levantaba las manos al cielo, y murmuraba:

— ¡Es posible, Dios mío! ¿Por qué habrá en el mundo monstruos semejantes? ¡Ah! ¡Antes morir que alistarse en esa cuadrilla de pillos!

¿Qué gusto me daba oírlo! La muchacha tenía el corazón bien puesto. Juan Merlin estaba tan conmovido que hasta el bigote le temblaba.

La abuela se despertaba como el caracol en su concha, y sus ojos brillaban de cólera; yo mismo estaba sorprendido al verla; pero cuando les dije que el Inspector alemán sólo nos concedía veinticuatro horas para que nos decidiéramos á servir al rey de Prusia ó abandonar el puesto, su indignación estalló como una tormenta.

— ¿Dejar esta casa? — gritó levantándose la abuela y procurando enderezar el espinazo encorvado por los años. — ¡Esta casa es mía! En ella nací hace más de ochenta años, y no la he abandonado nunca. Mi abuelo Lorenzo Duchene fué el primero que vivió en ella hace más de ciento treinta años y quien plantó todos los árboles frutales en la pendiente que baja al valle. Mi padre Jacquemin trazó el camino que va á Dosenheim y el sendero Tommenhal. Mi marido Jorge Bruat, y mi yerno Federico aquí presente, plantaron las hayas y los pinos, que convertidos en bosque, se extienden ahora sobre los dos valles; y todos, de padres en hijos, hemos vivido honradamente en esta casa, y por decirlo así, la hemos hecho. Nosotros hemos rodeado el huerto de empalizadas y hemos plantado los árboles. Con nuestras economías hemos comprado el prado y construido la granja y el estable.... ¡Arrojarnos de

esta casa! ¡Ah, miserables!.... ¡Bien se ve que son alemanes!....

Pues bien, ¡que vengan! ¡soy yo, Ana Bruat, quien les hablaré!....

Yo no podía tranquilizar á la abuela que tenía razón en cuanto decía; pero con gentes para quienes la fuerza lo es todo y que no se paran ante la vergüenza de la injusticia, ¿de qué sirven las buenas razones?....

Sentóse la abuela sofocada, y yo le pregunté con tristeza, aunque con ánimo resuelto:

— ¿Queréis que yo sirva al Rey de Prusia?

— ¡No! — me respondió.

— En ese caso, dentro de cuarenta y ocho horas tenemos que dejar la casa....

— ¡Nunca! — gritó la abuela. — No quiero.

— Pues yo — le repliqué con el corazón desgarrado — quiero, porque es preciso.... Esta es la primera vez que os contradigo, y bien sabéis que siempre os he respetado.

¡Malditos sean mil veces esos alemanes que me obligan á faltáros al respeto.... ¡Si os llide fuera, los aborrecería más que ántes.... pero comprended que esos brutos, que no respetan ni la ancianidad, al ver vuestra resistencia os arrastrarian agarrándoos por vuestros blancos cabellos hasta ponerlos en medio de la calle.... ellos son los más fuertes, y esto les basta.... ¿Y no comprendéis que no podría presenciar tal iniquidad, sin arrojarlos sobre ellos y que me asesinarían?.... ¿Qué sería entonces de vos y de mi hija?.... Perdonadme si os hablo con dureza; pero no quiero deberles ni un minuto de gracia, y estoy seguro de que vos tampoco.... además, no nos lo concederían, porque no tienen entrañas.

La pobre anciana, inundada en llanto, decía con voz temblorosa:

— ¡Ah, Dios mío, Dios mío! abandonar esta casa donde esperaba ver feliz á mi nieta y mecer en su cuna á mis biznietos.... ¿Por qué ántes no me habéis llamado?

Esto diciendo, lloraba amargamente, y á todos nos hizo llorar su aflicción.

El golpe más terrible estaba dado. La abuela y mi hija habían comprendido que no había más remedio que irse, acaso para siempre, y que no había medio de impedir tan tremenda desgracia; pero aún me quedaba otro deber, no ménos penoso, que cumplir, y cuando se aplacaron los gemidos volví á hablar diciendo:

— Juan Merlin: me habíais pedido á María Rosa,

y yo os había aceptado por hijo porque os quería: os estimaba más que á cualquiera otro jóven de la comarca.... Pero entónces era yo el sargento, jefe de los guarda-bosques del distrito. Iba á retirarme y mi empleo os estaba prometido, y aunque no era rico, mi hija era un buen partido. Ahora no soy nada.... Soy un hombre pobre. Mis viejos muebles servían en esta casa; pero sacándolos de aquí no serán más que un estorbo, y si quiero vender el prado, que me costó mil y quinientos francos, no encontrare quien me dé la mitad; y gracias que los alemanes no declaren que los bienes inmuebles, anexos á la casa les pertenecen; y este no depende más que de ellos, que son los más fuertes.... Vos mismo vais á encontraros sin empleo, y teniendo que mantener á vuestra anciana madre.... por todo esto, Juan, mi honor y el de mi hija me obligan á dejaros en libertad.... Las circunstancias no son las mismas, María Rosa ya no tiene nada, y comprendo que un hombre honrado, en ocasión tan grave, modifique sus propósitos.

Merlin palideciendo, me respondió con ronca voz:

— Os he pedido á Rosa, porque la amaba, y porque ella correspondía á mi amor, y no por reemplazaros en el empleo ni por lo que de vos pudiera heredar. Si por esto os la hubiera pedido, sería un canalla, y ahora tengo más empeño que ántes, porque leo en su corazón.

Levantóse en diciendo esto, y exclamó abriendo los brazos:

— ¡ María Rosa!

Ella, anegada en llanto, se arrojó en sus brazos, y yo pensaba entre tanto:

— En manos de hombre (un honrado mi hija será feliz; ¿qué mayor consuelo podía recibir en medio de tantas desdichas?

Esta expansión nos volvió la calma, y Merlin y yo convinimos en que él iría por la mañana á llevar mi respuesta y la suya al Inspector alemán, diciéndole:

— No, señor *Oberfoerster*, nosotros no queremos servir al Rey de Prusia.

Yo escribí la respuesta en seguida, y él se la echó en el bolsillo.

También convenimos en que yo iría temprano á Granfthal á buscar un albergue donde instalarnos con nuestros muebles, contando con que en el de la *Coupe* nos recibiría el tío Ikel, porque, gracias á la invasión, no pasaba por allí alma viviente, y nos llevaría poco dinero.

Merlin tenía aún que decir á su madre la que pasaba, y nos dijo que ella se iría á Pelsberg con el tío Daniel, que la recibiría gustoso, porque el viejo maestro de escuela y su hermana habían vivido juntos mucho tiempo.

Una vez tomadas estas resoluciones, Juan se encargó de ir á contar lo que pasaba á Mr. La Roche, y á anunciarle que yo iría á verle en cuanto nos mudáramos. Antes de irse dió un abrazo á María Rosa, alentó á la abuela con cariñosas palabras, y yo le acompañé hasta la puerta, dándole un apretón de manos. Ya era de noche. El cielo estaba estrellado y estaba bebando. ¡Qué tiempo para abandonar la casa y buscar un nuevo asilo!

Al volver á la sala vi al pobre Colás vaciando la cazuela de patatas en una fuente y colocando á cada lado de ésta dos jarras de cuajada sobre la mesa, y mirándonos sorprendido, porque ninguno se acercaba; pero yo le dije:

— Siéntate, Colás, y cena, que nosotros no tenemos gana.

Hízolo como se lo dije, y yo, contemplándole, me hacía estas reflexiones:

— Felices los que no piensan en el día de mañana, y que no obedecen más leyes que las de la Naturaleza, sin ministros, reyes ni emperadores, porque ellos desconocen nuestras penas. La ardilla, la liebre, la zorra, todos los animales de la selva y del llano, reciben á la entrada del invierno el vestido que los abriga; los pájaros las plumas, y los que no podrían soportar la nieve y que carecerían en los países fríos de insectos con qué alimentarse, han recibido poderosas alas que les permiten volar á los países cálidos; ¡sólo el hombre no recibe nada!... Ni su trabajo, ni su previsión, ni su valor bastan para preservarlo de la desgracia; sus semejantes son sus peores enemigos, y con frecuencia en su vejez se arrastran en la miseria y el abandono; tal es la suerte.

Algunos pretenden cambiar las cosas; pero es difícil. Necesitamos corazón y buen sentido que nos falta; mas como la noche había cerrado, cada uno se fué á pensar sólo en un rincón sobre el terrible golpe que nos anonadaba.

CAPÍTULO IX.

El día siguiente, 1.º de Noviembre, al amanecer, me fui á Granfthal, endosándome la blusa, los zapatos fuertes y el sombrero de feltro.

Los árboles, á lo largo del camino, se doblaban bajo el peso de la escarcha, y de cuando en cuando un mirlo ó un tordo salían de las matas blanqueadas por la nieve, cantando como para decirme, adios.

Muchas veces pensé en esto despues, porque ya estaba en el camino del destierro, y aquella era la primera jornada.

Llegaba á las siete bajo las altas rocas que cobijan las más pobres casillas de la aldea, pues las otras se extienden por la orilla del riachuelo; me detuve delante de la del tío Ikel; entré en la cocina y pasé luego á la sala que estaba llena de humo, y como nada se movía, creí estar solo, é iba á llamar, cuando vi á Ikel sentado tras del calorífero, con la pipa entre los dientes y el gorro de algodón cabado hasta las orejas; el pobre viejo no se movía; el reumatismo, consecuencia de la caza y de sus pesquerías en los días más fríos y bajo la niebla, lo tenía postrado.

Había sido el mejor pescador del valle, y hasta en los grandes hoteles de Strasbourg comían sus truchas y sus cangrejos.

¡ Desgraciadamente todo se paga, y el reumatismo le había reducido á contentarse con pensar en lo mucho y bien que había trabajado!

Cuando yo le descubrí en su rincón, ya había él fijado en mí sus ojillos verdes, y me saludaba diciéndome:

—¿Sois vos, tío Federico? ¿qué venís á hacer aquí entre la pillería que nos está despojando de todo? ¿por qué no os quedáis tranquilo en el bosque? los lobos no son vecinos tan malos como los que ahora tenemos por acá.

—Cada cual hace lo que puede y no lo que quiere—le repondí....

—¿Teneis desahucados los tres cuartos altos y sitio en la cuadra para dos más?

—¡Ya lo creo! —exclamó— los prusianos han hecho el vacío llevándose todo; heno, paja, harina, avena, hasta el ganado.... ¡Ab! ya lo creo, si me sobra sitio.... Desde el granero á la bodega, todo está vacío, y lo seguirá estando desgraciadamente mucho tiempo....

Detúvose un momento, y soltando una carcajada estridente, añadió, cual si hablara consigo mismo:

—¡Malvados!.... ¡Malvados! ¡Quiera Dios que los cojamos algun día debajo; que aunque sea con mulotas, iré para recobrar lo que me han robado!

—Puesto que los cuartos de arriba están vacíos, me quedo con ellos—le dije:

—También podéis disponer del granero; pero decidme, ¿para quién los queréis?

—Para mí.

—¡Para vos! —exclamó estupefacto.— ¿Por qué abandonáis vuestra casa?....

—Porque me arrojan de ella los prusianos.

—¿Y por qué os arrojan de ella?

—Porque no quiero servir al Rey de Prusia.

Enterneciéndose Ikel al oír esto, y con grave acento me dijo:

—Siempre os tuve por hombre honrado, aunque algo severo en el servicio; pero justo, eso sí. Nadie dijo nunca lo contrario.

Después de breve pausa llamó á Katel, su hija, que estaba encendiendo la chimenea de la cocina, y que acudió al oír la voz de su padre.

—Mira, Katel—dijo señalándome el tío Federico—á quien los prusianos expulsan con su hija y su abuela, porque no quiere entrar á formar parte de su cuadrilla.... Malas son las requisas; mas lo que hacen con él es peor; de oírle se me erizan los cabellos.

La chica, tomando nuestro partido, se puso á gritar diciendo que el cielo debía caer y aplastar á pillos de tan mala ralea. Acompañóme arriba por una escalera de caracol para enseñarme las tres piezas que quería alquilar, y que eran lo más miserable que imaginarse pueda.

Con la mano se tocaban las vigas del techo. Eran bajas las ventanas, que tenían vidrios verdosos asegurados con plomo, y la sombra de las rocas apenas dejaba penetrar la luz del día.... pero no podíamos escoger, y en alguna parte habíamos de guarecernos.

Dije á Katel que encendiera fuego en la pieza más grande para disipar la humedad, y bajando en seguida, convine con el tío Ikel, en que además de las tres piezas de arriba, me daría dos posebres en la cuadra para las vacas; una pocilga para los puercos, un rincón en la bodega para las patatas, la mitad del cobertizo, todo por ocho francos al mes, lo que

no era nada barato en época en que era difícil ganar un jornal.

El carbonero Starck y su mujer Sofia, el eastern Koffel y Houlotte, el antiguo contrabandista, y algunos otros, llegaron entónces á mi albergue para beber el vaso de aguardiente acostumbrado, é Ikel les contó la iniquidad que hacían conmigo los prusianos, lo que á todos indignó. Starck me ofreció ir con su carreta para llevar los muebles, lo cual acepté de buena gana, conviniendo en ir por ellos ántes del mediodía; y con esto me despedí de ellos y tomé el camino de la casita.

Empezaba á nevar; en todo el camino no vi alma viviente, y á las nueve sacudía la nieve que me cubría delante de la puerta, en la que me esperaba Maria Rosa. Díjele en cuatro palabras lo que acababa de hacer, y que era necesario preparar á la abuela para el terrible trance; vaciar el contenido de los armarios en las canastas y desarmar los muebles. Llamé á Colás para que me ayudara, y el trabajo comenzó en seguida, resonando el martillo. La abuela lloraba entre tanto en su cuarto, y Maria Rosita procuraba consolarla.

Terrible cosa era oír gemir á la pobre anciana, quedándose de la suerte que amargaba sus últimos días, y oírle pedir socorro á su marido, el tío Briat, muerto hacía diez años; y á todos sus ascendientes que yacían en el cementerio de Dosebeim.... ¡Éste recuerdo me estreñecía todavía! y me estreñezco al recordar las dulces palabras con que mi hija trataba de levantar su ánimo.

El martillo no paraba un momento. Desarmé los muebles, quité los clavos de que colgaban cuadros, retratos y el espejillo, que en tiempos más felices, había servido á mi difunta Catalina. La cómoda de Maria Rosa, el gran armario que nos venia del bisabuelo Duchéne; en fin, todos aquellos trastos viejos que nos recordaban las extinguidas generaciones de la familia y la felicidad de la vida pasada, que desde hacía tantos años no se habian movido de su sitio, todo suerte que en las tinieblas los veíamos, y que en cierto modo formaban parte de nuestra existencia, los teníamos que deshacer con nuestras propias manos.

Rageó iba y venia sorprendido al ver tanto desorden, y Colás me preguntaba:

—¿Qué hemos hecho para escapar como ladrones?....

Quisiera haberlo olvidado todo y no haber empezado esta historia, ¡vergüenza del género humano y humillación de esos falsos cristianos que reducen sus semejantes á la última miseria, porque no quieren doblegar la cerviz ante su insensato orgullo!.... Mas ya que la comencé, preciso es concluirla. Cuantos males te he referido son poca cosa comparados con los que nos esperaban.

Starck llegó; colocáronse los muebles en el carro, y fué preciso que la abuela abandonara su alcaoba; pero la pobre, al ver aquella escena, cayó con la cara contra el suelo, gritando:

—¡Federico, Federico, mátame!.... hazme morir; pero no me saques de casa.... Dejádme al ménos dormir bajo la nieve en nuestro huerto.

Oyéndola, Jorge, deseaba yo la muerte y no tenía una gota de sangre en las venas. No me es fácil recordar cómo llegamos á poner á la abuela en el carro entre los cobehones, bajo los copos de nieve que caían sin cesar.

La carreta andaba lentamente. Starek iba delante guiándola y haciendo andar á fuerza de latigazos á

los pobres animales; Colás arreaba las vacas y el perro le ayudaba. María Rosa y yo los seguíamos con la cabeza baja, y la blanca casita se iba quedando atrás, entre los viejos pinos.

Al siguiente día debíamos volver por la leña, el forraje y las patatas que dejamos bajo llave.

Ya era de noche cuando llegamos á casa de Ikel.



¡Federico, Federico, mástame!

Yo bajé á la abuela y la llevé á su cuarto donde Katel había encendido un buen fuego. Ésta y María Rosa se abrazaron al verse, porque habían ido juntas á la escuela, y Katel lloraba. María Rosa estaba pálida y silenciosa. Ambas subieron, y mientras Starek, Colás y dos ó tres vecinos descargaban los muebles bajo el cobertizo, yo entré en la sala, me senté junto al calorifero y bebí un vaso de vino, porque mis fuerzas se habían agotado.

CAPÍTULO X.

La primera noche que pasamos en Granthál fue la más triste que recuerdo haber pasado. El aire penetraba por todas partes; el calorifero humeaba; la

abuela tosía; Rosa se levantaba, á pesar del frío, para darle de beber; los vidrios cruzaban azotados por el viento, y la nieve entraba por las rendijas; como no podía dormir, pensé que era imposible vivir allí; que moriríamos ántes de quince días, y que era absolutamente necesario irse más lejos.... ¿pero á dónde?... ¿qué camino tomar?

Todas las aldeas de Alsacia y de Lorena estaban llenas de alemanes; los caminos cubiertos de convoyes y de cañones.... estas ideas me hacían salir las canas; me exasperaban, y prefería haberme roto la cabeza al bajar los escalones de la casita del bosque, y haber muerto allí con la abuela y con mi hija.

Afortunadamente, Juan Merlin llegó temprano al

día siguiente despues de llevar nuestra respuesta al Inspector, y de dejar sus muebles en Felsberg, y á la vieja Margredel, tranquilamente sentada cerca del fuego en casa del tío Daniel.

Venía con el buen humor de quien ha cumplido su deber: despues de abrazar á Marta Rosa, y de dar los buenos días á la abuela, su confianza reanimó mi espíritu; y como me quejára del frío y del humo, que tan mala noche nos habian hecho pasar, él exclamó:

—Lo comprendo y lo temía; por eso he venido corriendo. Á vuestra edad es muy duro dejar su domicilio para vivir con extraños, y en tales ocasiones hay que cambiar de idea. Ante todo, tomad la llave de mi barraca, y el cuaderno de mis cuentas y notas; vos tenéis el registro y el martillo de marcar. ¿Sabéis lo que haría yo en vuestro lugar? Pues iría á llevarlo todo á Mr. Laroche, porque el Inspector alemán podría reclamar y obligaros á hacerle la entrega, y una vez en manos de nuestro antiguo Inspector, nadie podrá decirnos nada. Mientras vais, Marta Rosa lavará los vidrios y el suelo. Colás irá con Starck á buscar lo que quedó en la casita, y yo me encargo de colocar los muebles en su sitio y de arreglarlo todo.

Hablaba con tanto juicio, que tomé el consejo; y bajando á la sala, á pesar de nuestra habitual sobriedad, bebimos un vaso de aguardiente, y luego, con el registro bajo la blusa, el martillo en el bolsillo y el palo en la mano, eché á andar.

Aquel fué el último viaje que hice para asuntos del servicio.

El estanque de la Frohmühle estaba helado; el molino y la aserradura dé más abajo estaban parados.

Nadie, desde la víspera, habia pasado por el sendero, y en tres horas de marcha no vi á nadie. Aquella comarca, siempre tan animada, hasta en el rigor del invierno, estaba silenciosa, desierta, desolada.

De tiempo en tiempo interrumpía el silencio un halar de largas alas que se cernía, ocultando las garras en el vientre y lanzando su agudo grito de guerra, y oyéndole, no podía ménos de pensar.

—Hé aquí á los prusianos, que hoy lo devoran todo. Han echado su garra sobre los demas alemanes, dándoles oficiales que los apaleen; y en lugar de trabajar, se ven obligados á comerse el último céntimo en la guerra, mientras ellos les clavan pie y garras, ensangrentando su cuerpo, y los desplaman á su gusto sin que puedan defenderse.

—¡Desgraciados de nosotros!.... Los nobles prusianos nos van á devorar, y á los badenses, á los bávaros, á los wurtembergueses y á los hesseses juntos con nosotros!

Estas melancólicas ideas, y muchas otras semejantes, me cruzaban por la mente mientras seguía mi camino, sin detenerme un momento. Á las diez subía la rampa del viejo fuerte, abandonado desde el principio de la guerra, y bajando luego por la calle del arrabal, llegué á casa del Inspector; pero la casa estaba cerrada, y por más que llamé no me respondieron.—¡Qué le habra pasado á Mr. Laroche!—pensaba yo alarmado cuando se abrió la puerta;—y el mis-

mo Inspector, desde lo alto de la escalera, me llamó exclamando muy regocijado:

—¿Sois vos, tío Federico? Subid, subid, que estoy sólo.

Yo subí y él continuó diciendo:

—Mi familia se fué y me truen la comida de la posada de la Gruppe.

Entramos en un cuartito del primer piso, donde ardía un buen fuego; él me adelantó un sillón, y me dijo:

—Sentáos, tío Federico.

Tomó él asiento junto á una mesita llena de libros, y yo le conté nuestra visita al Inspector alemán, lo que yo él sabía, y muchas otras cosas que yo ignoraba.

—Me he alegrado al saber que los guardas, ménos el pobre Heppé, que tiene seis hijos, han cumplido con su deber; es una satisfaccion para mí. Respecto á vos y á Juan Merlin, nunca tuve un momento de duda.

Informóse de lo que ora de nosotros; recibió el registro y el martillo diciendo que ya habia mandado sus papeles y que tambien mandaría los míos. Preguntóme si tenia necesidades urgentes, y le respondí que aún conservaba trescientos francos, economizados con el objeto de comprar un prado al lado de la huerta, y que con ellos me arreglaría.

—Tanto mejor—dijo;—ya sabéis, tío Federico, que mi bolsa está á vuestra disposicion; no está ahora muy llena, y cada cual tiene que conservar sus recursos, porque Dios sabe cuánto tiempo durará la guerra; más á pesar de esto, si necesitáis....

Agradele de nuevo la oferta, y hablamos como verdaderos amigos.

Ofrecióme un cigarro, que no quise aceptar, y preguntóme entonces si fumaba en pipa, diciéndome que la encendiera. Te cuento todo esto para que comprendas qué buen hombre era nuestro Inspector.

Dijome entonces que aún no estaba todo concluído, á pesar de que el ejército de línea se habia entregado en masa, cosa que no se habia visto desde el principio de la historia de Francia, ni de la de la nacion alguna, lo cual lo affigia y hasta lo indignaba, saciándole lágrimas á los ojos, lo mismo que á mí.

Despues de esto, me dijo que París seguía resistiendo; que su gran pueblo no habia mostrado nunca tanto valor, tanto patriotismo; que un gran ejército, siquiera improvisado, se habia organizado ya junto á Orleans, y que se fundaban en él nuestras esperanzas; que la República se habia proclamado despues de la entrega de Sedan, lo que era imitar á los campesinos que esperan que el enfermo esté en la agonía para llamar al médico; pero que no obstante, los republicanos habian tenido el valor de cargar con el pesado fardo que el Imperio les legaba, con los peligros que él habia proviendo, precipitando al país en la guerra, mientras los provocadores huían al extranjero. Ademas, que un hombre muy enérgico llamado Gambetta estaba á la cabeza del movimiento de la defensa nacional, y que llamaba á todos los franceses capaces de tomar las armas, sin distincion de opiniones; de manera que si la lucha pudiera pro-

longarse algunos meses más, los alemanes tendrían que retirarse; porque componiéndose su ejército en gran parte de padres de familia, sus tierras, talleres y fábricas habían quedado abandonados, y que sus mujeres, sus hijos y la población en masa perecerían víctimas del hambre, si quedaban sin sembrar los campos y paralizados todos los trabajos.

Más tarde hemos visto, querido Jorge, que todo esto era verdad; porque las cartas encontradas en los bolsillos de los soldados alemanes prisioneros, heridos ó muertos, no hablaban más que de la miseria que reinaba en su país.

Lo que me contaba Mr. Laroché despertó mis esperanzas; me prometió liquidar mi retiro tan pronto como fuera posible, y á la una me separé de él lleno de confianza.

Dióme la mano y exclamó acompañándome hasta la puerta:

— Buen ánimo, tío Federico. Aun veremos días felices.

Al separarnos con yo otro hombre, y sin apresurarme llegué al nuevo domicilio, donde me esperaba la más agradable sorpresa.

Juan Merlin se había portado como un hombre. Cada cosa estaba en su sitio. Las rendijas del entarimado, de las puertas y de las ventanas las había tapado.

Los cuadros colgaban de las paredes casi en el mismo orden que en la casita del bosque, y el suelo estaba limpio y seco. El frío era penetrante; pero nuestro colchero, que Juan había limpiado y colocado en la más grande de las piezas, ardía como una fragua. La abuela, sentada junto á él en su viejo sillón, oía el ruido y miraba la llama brillar hasta en el fondo de la habitación, María Rosa parecía muy contenta al verme tan agradablemente sorprendido, y Juan Merlin, con la pipa en la boca y los ojos entornados, me miraba como diciendo:

— Y bien, papá Federico, ¿qué os parece esto? ¿Hace aún frío en este cuarto? ¿No os parece que todo está limpio, reluciente y bien colocado? Pues todo es obra de María Rosa y mía.

— Yo entonces le dije muy satisfecho:

— Perfectamente. Ahora me parece que podrémos permanecer aquí.... ¡ Sois muy buenos chicos!

Pusieron la mesa, y como María Rosa había hecho una buena sopa de colas con tocino, cenamos con buen apetito; y mientras comíamos, referí con todos sus pormenores cuanto el Inspector me había dicho respecto á los asuntos de la República. Erán las primeras noticias positivas que teníamos del interior de Francia desde hacía ya mucho tiempo, por lo que puedes imaginar con qué atención me escucharían. Los ojos de Juan hablaban cuando les anunciaba las batallas que no tardarían en darse á orillas del Loire.

— ¡ Ah — exclamaba — con que llaman á todos los franceses, y particularmente á los soldados licenciados! ¡ Con que se defienden!

— Su entusiasmo me contagiaba, y yo decía á mi turno:

— Si, se defienden; ya lo creo: el Inspector me ha dicho que si esto dura algunos meses, los alemanes tendrán que volverse por donde han venido.

Juan se retorció los bigotes y parecía querer decir algo; pero miraba á María Rosa, que nos escuchaba con su gravedad acostumbrada, y él volvía á comer diciendo:

— De todos modos me agrada oírnos contarnos todo eso.... Si, son magníficas noticias.

Concluida la cena, á las ocho y media de la noche, se fué diciéndonos que volvería al día siguiente ó al otro, y nos acostamos muy tranquilos, pasando una noche muy buena; tan buena como mala había sido la anterior, y dormimos como bienaventurados, á pesar de la helada que cada fuera.

Mi aflicción había desaparecido, y me dormí pensando que podríamos vivir en aquel rincón hasta que la guerra terminase.

CAPÍTULO XI.

Esperaba yo que, retirados bajo las rocas de Grand-tul, me dejarían en paz los alemanes. ¿Qué más podían exigir de nosotros? Todo lo habíamos abandonado, y vivíamos en medio de los bosques en la más pobre de las aldeas.

Sus descubiertas llegaban rara vez hasta aquel rincón: sin duda porque sabían que no encontrarían nada que llevarse, por todo lo cual confiábamos en que ya no tendríamos nada que ver con tan maldita raza; pero nos equivocábamos. Corrió el rumor de que Donbadiér, Keer y otros guarda-bosques habían corrido á batirse contra los alemanes en las inmediaciones de Belfort, y se nos ocurrió que Juan querría ser también de la partida; pero aunque yo esperaba que María Rosa le detendría, empezaba á dudar, y ya no pude desechar este temor.

Todas las mañanas, mientras mi hija arreglaba la casa y la abuela rezaba su rosario, yo bajaba á fumar mi pipa con el tío Ikal, con Koffes, Starck y otros que acudían á tomar la mañana, y les oí hablar un día de visitas domiciliarias; de la prohibición de tocar las campanas; de la llegada de maestros de escuela; de que la requisita de toda clase de cosas aumentaba sin cesar; de que los miserables campesinos estaban reducidos á trabajar para mantener á los prusianos, y de mil otras iniquidades que aumentaban mi indignación contra los bárbaros bávaros y wurttembergueses que se hacían matar por el Rey Guillermo y batirse contra sus propios intereses. Starck, que era muy devoto y que no perdía la misa ningún domingo, creía que los alemanes estaban condenados sin misericordia á arder en el infierno hasta la consumación de los siglos.

Entretenidos estábamos en estas pláticas, cuando Hulot nos presentó su nieto, Juan Bautista, chiborron de unos diez y seis años, que vestía pantalón y chaqueta de hilo, y que andaba con los pies desnudos en invierno como en verano; los cabellos le caían en guedejas amarillentas sobre la cara, y al hombro llevaba su moral de contrabandista. Sentóse este mezo junto al fuego, y nos contó que hacia Sarrebrück y Landau los alemanes de la reserva estaban furiosos, alborotando en todas las tabernas contra la República que continuaba la guerra después de la rendición del Emperador en Sedan, y que acababan

la ver que cerca de Coulouviers habían perdido los alemanes una batalla; que huían derrotados, y que el ejército del príncipe Federico Carlos corría á socorrerlos; pero que también la juventud francesa se apresuraba á alistarse en el ejército nacional, por lo cual los alemanes habían impuesto una multa de cincuenta francos diarios á los padres de los jóvenes que abandonaban sus pueblos.

—Esto no me impedirá —añadía Juan Bautista— ir á defender la patria con mis compañeros.

Siguió más tardanza subí cuatro á cuatro los escalones, y contó las buenas noticias á María Rosa, que no se sorprendió al oír las; antes bien me dijo:

—Sí, sí, padre mío.... ya sabía yo que esto concluiría así. Todo el mundo debe tomar parte.... todos los hombres deben ir á la guerra. Así veremos á esos ladrones de alemanes volver derrotados.

Admirábame su tranquilidad, porque debió ocurrírsele la idea de que Juan, hombre atrevido, no se quedaría entre nosotros en tales circunstancias, á pesar de sus promesas de casamiento.

Pensando en esto volví á mi cuarto mientras ella bajaba la escalera, y dos minutos después al los pasos de Juan que subía. Entró muy sereno, dándome los buenos días y preguntándome si estaba solo.

—Sí, Juan —le respondí;— María Rosa acaba de bajar y la abuela está durmiendo.

Yo adiviné en su actitud que se trataba de algo grave, y en efecto, después de dar dos ó tres vueltas por el cuarto, me dijo:

—¿Sabéis las noticias de Orleans, donde han derrotado á los alemanes, y que el Gobierno de la República llama á las armas para defenderla á todos los buenos patriotas? ¿Qué pensáis de eso?

Yo que adivinaba el por qué de sus preguntas, me turbé, y le respondí algo embarazado:

—Sí, para los que están del lado allá del Loir, está bien; más no para nosotros, que estamos tan lejos y que tendríamos que atravesar por entre los alemanes que ocupan todos los caminos, y hasta las veredas.

—¡Bah! —me respondió.— No son tan astutos como se piensa; apostaría cualquier cosa á que yo pasé los Vosges á sus barbas sin que me vean. Kern, Donnadieu y muchos otros han pasado sin dificultad.

Juan quería imitarlos; no era ya dudoso para mí, y me contrariaba mucho, porque una vez en marcha el matrimonio no se realizaría.... pobre María Rosa.

—No lo dudo; pero hay que pensar también en los viejos; ¿oyes, Juan? ¿Qué diría tu madre si la abandonarás en momentos tan críticos?

—Mi madre es buena francesa —me respondió;— hemos hablado del asunto y está conforme.

Quedóme sin saber qué responderle, hasta que al fin me atreví á decirle:

—¿Y María Rosa?.... ¿No pensáis en ella? ¿Olvidáis que es vuestra esposa ante Dios?

—María Rosa consiente también —me respondió.— Sólo me falta vuestro consentimiento. Dado y todo irá bien.

—¡Es posible! —exclamé abriendo la ventana y llamando á mi hija.

Dejó ella la ropa que estaba tendiendo bajo el cobertizo, y subió corriendo:

—María Rosa —la dije;— ¿es verdad que consentes en que Juan Merlin vaya á Orleans, más allá de París, á batirse contra los alemanes?.... Habla sin temor....

Pálida, y con los ojos brillantes de emoción, mi hija me dió esta respuesta:

—Sí, sí.... es su deber.... debe ir.... nosotros no queremos ser prusianos, y los otros no deben batirse sólo para salvarnos.... Los hombres deben ser hombres ante todo.... y mostrar que lo son defendiendo su patria.

Otras cosas semejantes dijo, que hicieron dar un vuelco á mi sangre.

—¡Valiente hija! —decía para mí.— Áun no te conocía bien.... Eres digna de los antiguos Bruni.... Los viejos resucitan y hablan por la boca de los hijos, queriendo que se defienda el viejo terruño del cementerio en que descansan sus huesos.

Levantéme con los brazos abiertos diciéndoles:

—Abraosémoslos, abraosémoslos.... Teneis razon.... Si, todo buen francés debe correr al combate.... ¡Ah, si yo tuviera diez años menos iría también, Juan, y seríamos dos hermanos de armas!

Y los tres nos dimos un apretado abrazo. Mis lágrimas corrían en abundancia y me sentía orgulloso de tener una hija tan valiente como honrada. La resolución de Juan y de María Rosa me parecía muy natural. En esto oímos á la abuela que andaba á tientas en su alcoba.... y los hice señas para que callaran; pero como la pobre anciana entró en la sala, me apresuré á decirle:

—Abuela: aquí está Juan, que viene á despedirse, porque el señor Inspector de montes le ha dado una comisión para Nancy, donde tendrá que permanecer algún tiempo.

—¿Y no hay peligro? —dijo ella.

—No, abuela; es una comisión de los registros de montes, que nada tiene que ver con la guerra.

—Tanto mejor —dijo la abuela.— ¡Cuántos pobres hay en peligro!....

Sentóse luego y empezó á rezar.

Juan Merlin pasó el día con nosotros; María Rosa preparó una comida tan buena como era posible, dadas las circunstancias; se engalanó con su papalina y su pañuelo de seda azul para agradar más al que tanto amaba. Aun me parece verla, sentada á la mesa, junto á la abuela, y frente á su novio, sonriéndole como en los días más felices, mientras él hablaba de las noticias de Orleans, de las probabilidades de nuestro triunfo y de las venturas de la paz.

(Se continuará.)

SEGADORA

QUE ATA MECÁNICAMENTE LAS GAVILLAS.

El atador llega de América, como casi todos los inventos que interesan á la mecánica agrícola. Y efectivamente, en este país el precio del trabajo manual es muy elevado, habiendo tenido los constructores que ingeníarse para disponer aparatos capaces de efectuar los complejos y delicados trabajos de la agricultura. El atador ha tomado de la máquina de coser su disposición esencial para hacer el nudo con la atadura de la gavilla; pero, como en todos los aparatos análogos, ha tratado de no emplear más que los órganos de transmisión más elementales, y de hacerlos, sobre todo, capaces de resistir á los choques, fáciles de reparar así como de reemplazar.

El grabado adjunto da la vista exterior del atador Osborne, que figuraba en el concurso de Vincennes. Esta máquina ha segado este año en una finca cerca de Châtellerault; actualmente ha entrado en los talleres del Sr. Osborne, donde se estudian los perfeccionamientos de que es susceptible, á fin de fabricar el año próximo bastante número de ejemplares y extenderlos en el comercio. El Sr. Wood ha hecho ensayar igualmente en Grignon un atador que habia construido; los resultados han parecido algo menos satisfactorios que los de la máquina de Osborne; en todo caso, ha dado lugar á suponer que se perfeccionaría también y que sostendría la competencia con su rival.

Las espigas de trigo son cortadas como con la segadora ordinaria. El órgano esencial de la segadora está formado por una sierra horizontal que descansa sobre el suelo, y cuyos dientes pueden deslizarse en el interior de dedos fijos en el armazón de la máquina. Cuando ésta avanza, los tallos de trigo se introducen entre los dedos fijos y los dientes de la sierra; éstos reciben un movimiento de vaiven muy rápido, gracias al cual cortan los tallos que penetran en los dedos; el movimiento de los dientes es comunicado por el de rotación de las ruedas, merced á una trasmisión de engranaje. La máquina es tirada por caballos. El depósito que se ve á la izquierda en la figura, está formado por seis brazos móviles al rededor de un eje horizontal; estos brazos penetran en las mieses é inclinan dulcemente los tallos en el momento en que van á ser cortados. Echadas sobre el tablero inferior de la máquina, caen sobre una tela sin fin, provista de listones que las atrastra en su movimiento hácia la derecha. La tela, primero horizontal, se levanta formando una especie de plano inclinado, y se repliega en sus dos extremidades sobre cilindros que le sostienen y le comunican su movimiento.

En la parte inclinada, una segunda tela sin fin está dispuesta sobre cilindros paralelamente á la primera, y forma con ella una especie de vaina en la cual se elevan en los tallos que desembocan luego en el vértice del plano y caen sobre la plataforma de la derecha, donde va á confeccionarse y atarse la gavilla.

La ligadura de paja, de que ordinariamente se hace uso, está reemplazada aquí por un alambre arrollado sobre la bobina, como indica la figura, y que se extiende poco á poco con una dificultad calculada. Este hilo sigue, en efecto, como en las máquinas de coser, el gran brazo acodado casi vertical por delante de la plataforma, pasa sobre cierto número de topos fijos, viene á desembocar en la punta del brazo, que se llama aguja, desciende luego verticalmente por debajo de la plataforma que atraviesa en una ranura, y es enganchado en su extremidad á una especie de pieza llamada torcedor (*twister*).

La ranura excavada en la plataforma es un arco de círculo cuyo brazo ocupa el centro; éste gira sobre un eje y desvía el hilo de una extremidad á otra de la ranura. El hilo parte de la extremidad derecha en el momento en que la última gavilla acaba de abandonar la plataforma, cayendo al suelo; marcha poco á poco hácia la izquierda, empujando por delante las gavillas que llegan continuamente á medida que abandonan el plano inclinado y son esparcidas sobre la plataforma. Al mismo tiempo la aguja que forma la punta del brazo se inclina poco á poco, aplicando el hilo sobre las mieses que se acumulan, continúa así y aprieta progresivamente la gavilla en vía de formación, y cuando el hilo llega á la extremidad izquierda de la ranura, esta aguja pasa por debajo de la plataforma atravesando la ranura, y viene á enganchar su hilo en el torcedor. El brazo vuelve á tomar su oscilación en sentido inverso, yendo esta vez de izquierda á derecha, y arrastra el hilo con la gavilla. El torcedor se mueve igualmente hácia la derecha, pero tuerce entonces energicamente el hilo, cuyas extremidades ha cogido. Cuando la gavilla llega al borde de la plataforma está completamente apretada; unas tijeras movidas automáticamente vienen á cortar la lazada junto al torcedor y desprenden la gavilla, que cae dulcemente al suelo. Durante esta oscilación el brazo ha vuelto á tomar su posición primitiva vertical, y la aguja se eleva, dejando desenredarse al hilo unido al torcedor, que servirá para atar la gavilla siguiente.

Una disposición ingeniosa permite regular á voluntad el grosor de las gavillas, aumentando más ó ménos la duración de la oscilación del brazo. Estas gavillas deben ser, por lo demás, ménos voluminosas que las ordinarias, así por ser de más difícil manejo, como para permitir en su interior la circulación del aire que debe secar y madurar el grano.

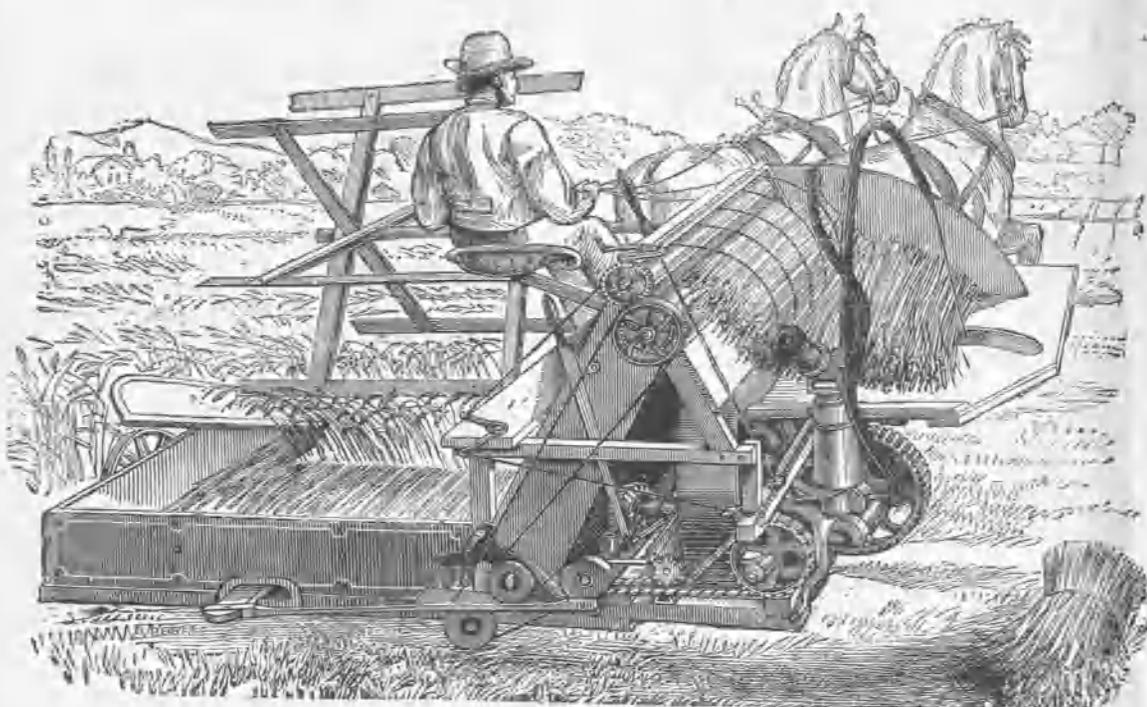
Como las mieses que se han de cortar no tienen siempre la misma altura, se ha dispuesto un aparato particular que permite variar de sitio toda la plataforma á la vez, á fin de que el hilo ocupe siempre la misma posición en la gavilla.

Muchos de los trigos blancos franceses son bastante altos, habiendo resultado pequeño el tablero inferior para contener las mieses; este inconveniente podrá remediarse fácilmente aumentando el tamaño de las telas.

No insistiremos sobre las transmisiones de movi-

mientos que permiten realizar los resultados indicados, pues no podríamos describirlas sin dar figuras de detalle; digamos simplemente que se han simplificado cuanto era posible, y que la máquina está formada de piezas resistentes y fáciles de reemplazar. Se han cubierto los engranajes para preservarlos del polvo y de los choques. Todas las correas de transmisión han sido reemplazadas por cadenas, cuyos anillos pueden quitarse á mano, lo cual permite la reparación sin interrumpir la faena.

Segun Osborne, el atador permitiría terminar completamente la cosecha sobre dos ó tres hectáreas en un solo día. La magnitud de la bobina está regulada en consecuencia, á fin de que no se haya de cambiar en el curso del trabajo. Se comprenderá cuán preciosa es la rapidez de la siega, pues basta una tempestad ó un tiempo lluvioso para comprometer en un instante toda la calidad de la cosecha. El trigo, otras veces abandonado en el suelo y expuesto á la lluvia, germinaba rápidamente y no daba ya



SÉGADORA QUE ATA MECÁNICAMENTE LAS GAVILLAS.

más que harina de mala calidad; tal sucedía todos los años lluviosos. Entonces no se sabía segar el trigo sino con la hoz, procedimiento que se sigue empleando en gran parte de Francia. Ese es el procedimiento primitivo comenzado durante siglos. Luego vino lo que es hoy el procedimiento más generalmente empleado. El obrero está armado en su mano izquierda con un gancho metálico que le dispensa de coger con la mano el puñado de tallos que va á cortar con la guadaña que lleva en la mano derecha. Más tarde se segaron algunas cosechas, sobre todo las avenas, con la hoz, lo cual permite ir todavía más rápidamente. La hoz metálica está provista de una especie de tela metálica que forma un tablero que retiene las espigas, impidiendo calgan bruscamente al suelo. Todos estos inventos abrevian la siega y prestan un servicio precioso al cultivador;

ademas, la cosecha permanece mucho menos tiempo expuesta á la tempestad y á la lluvia, y como todos los progresos se encadenan, para impedir que el trigo germinase, se tuvo la idea de no dejar las gavillas extendidas sobre el suelo, como se había hecho hasta entonces. Hoy se las coloca derechas, poniendo las espigas al aire y cubriéndolas con una gavilla horizontal; así puede el trigo soportar la lluvia sin grande pérdida y se retarda una germinación demasiado temprana. Esta idea, bien sencilla por lo demas, se ha extendido muy difícilmente, siendo aún muchos los países que vacilan en utilizarla. La máquina de atar resuelve inmediatamente la dificultad, pues suministra pequeñas gavillas que pueden colocarse derechas en los campos para dejar madurar y secar el grano mientras no puede ponerse bajo techo.

Un nuevo progreso, realizado igualmente en estos últimos años, consiste en adelantar la época de la siega, practicándola cinco ó seis días antes de la completa madurez del trigo. Se desgrana mejor entónces, y según los experimentos del Sr. Isidoro Pierre, de Villefort, resulta que el trigo tiene así un peso superior al completamente maduro. La maduración sigue efectuándose bien aunque el trigo esté segado; las materias minerales de los tallos pasan poco á poco al grano. Para el trigo de semilla vale más esperar á la madurez completa.

TORRE GERONELLA.

La torre Geronella es uno de los monumentos más célebres, de entre los varios con que cuenta la ciudad de Gerona.

¿En qué tiempo se edificó? ¿Quién fué su fundador? ¿Qué objeto motivó la construcción de esta fortaleza?

Indútilmente se ha buscado una contestación á estas preguntas.

Vamos, pues, sólo á dar á continuación algunas noticias que hemos podido adquirir sobre la citada fortaleza.

Por los años 1020, la condesa viuda de Barcelona, D.^a Emnendia, hizo donación á la iglesia catedral de Gerona de la torre Geronella.

En 12 de Noviembre de 1056, D. Ramon Berenguer I constituyó en dote para su esposa, D.^a Almodés, el condado de Gerona y su obispado con varias fortalezas, entre las cuales se comprendía la Geronella.

En todo el siglo XIV, la torre Geronella fué propiedad de la familia de los Llorens.

El día 10 de Agosto de 1391, una multitud de payeses armados arremetieron contra los infelices hebreos de Gerona, robando y saqueando sus casas, y degollando sin compasión á cuantos pudieron encontrar. Temerosos de que volviera á repetirse aquella sangrienta lucha, y gracias á un crecido sueldo que les exigió el señor de la Geronella, Ramon de Llorens, se recogieron en esta fortaleza los desgraciados israelitas, hasta donde les persiguieron sus inhumanos verdugos, cuyo fuerte intentaron saltar el día de San Mateo, 21 de Setiembre de dicho año, y lo hubieran sin duda conseguido á no impedírsele las autoridades populares y oficiales reales.

En 31 de Mayo de 1404 se desplomó esta torre á causa de la vejez, hacia más de un siglo que estaba hendida y rajada, amenazando ruina.

El 29 de Junio de 1411 acordaron los jurados y Consejo de la ciudad la reedificación de la torre Geronella, empezándose la obra el 12 de Julio y terminándose el año 1412.

Muchó se ha escrito sobre los sucesos que tuvieron lugar en Cataluña en tiempo de D. Juan II de Aragón y de Navarra, ocasionados por la prision y muerte del infortunado príncipe D. Carlos de Vis-

na, que la generalidad de los historiadores han atribuido á su tía D.^a Juana Enríquez.

No creyéndose segura en Barcelona D.^a Juana, á principios de 1462 se retiró á la ciudad de Gerona.

Peró muy pronto D. Hugo Roger, conde de Pallás, con un numeroso ejército vino en su busca. Gerona se defendió con el mayor denuedo. El ejército sitiador penetró en la ciudad el 6 de Junio; doña Juana se encerró en la torre Geronella, cuyo fuerte habiérase también rendido, á no impedírsele una hueste francesa que vino á socorrer á la reina, viéndose el de Pallás obligado á levantar el sitio.

En el mismo año de 1642, Pedro de Rocaberti mandó hacer sobre la citada torre, y en toda su circunferencia, las almenas, que fueron derribadas en la guerra de 1640, conocida vulgarmente en Cataluña por la de los segadores.

En 1647, la reina D.^a Juana mandó dar principio dentro de aquellos muros, y al oeste, á una fortaleza.

Habia en la torre una capilla muy antigua, con el título de San Salvador, en la que el lunes despues del domingo de la fiesta de la Santísima Trinidad se celebraba la de los cuatro santos mártires ampurdaneses, German, Justí, Paulino y Scicio.

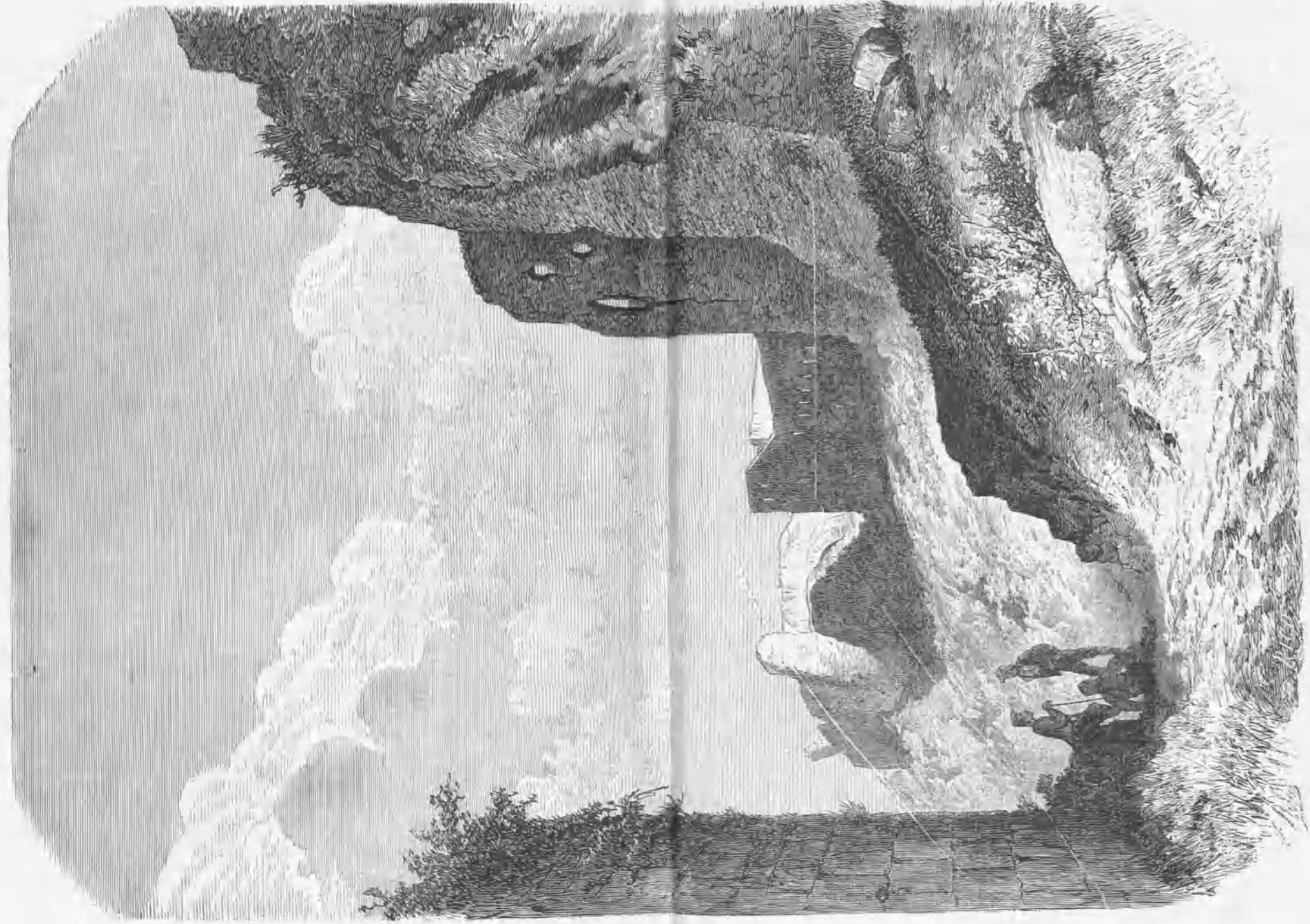
En el día sólo se descubren sus solitarios y ennegrecidos escombros.

Los franceses, no pudiendo, sin causarles vergüenza, ver en pié los venerandos restos que habian resistido al fuego de sus cañones en los sitios de 1808 y 1809, ántes de abandonar la ciudad volaron, en 22 de Mayo de 1812, la que los siglos y la metralla habian perdonado.

Estos gloriosos restos cubiertos de musgo que silenciosas escalan la hiedra y la parietaria, serán siempre un monumento de glorioso orgullo para los gerundenses, en cuyos leales corazones se conservan el entusiasmo y el patriotismo de que sin cesar han dado pruebas al traves de las edades.

LOS ESQUIMALES.

Los esquimales que, en número de cuatro adultos y dos niños (fig. 4), han establecido su domicilio durante algun tiempo en el Jardín de aclimatacion, son originarios de Jacobshavn, estacion danesa en la costa occidental de Groenlandia, un poco al sur de la isla de Disco, que es como el centro de las posesiones escandinavas en las regiones polares. Son un matrimonio, los cónyuges Okabak, un jóven llamado Koyangi, un mestizo de danes y esquimal, Jokkik, y dos niñas, de cuatro á un año respectivamente, hijas del matrimonio Okabak. Estas buenas gentes son de escasa estatura, pero robustos y rechonchos; sus anchas caras, redondas y cobrizas, de ojos pequeños, negros y expresivos, respiran dulzura y buen humor. No carecen tampoco de cierta educacion, pues saben leer y escribir; uno de ellos posee y estudia una gramática danesa y esquimal. Han lle-



vado consigo algunos osos blancos jóvenes, encerrados en una jaula sólida, varias focas que se solazan en el gran estanque cerrado, hasta hoy destinado á las aves acuáticas, y cierto número de perros esquimales que se unen á los trineos en Groenlandia y al extremo Norte de América. Ya se han construido dos habitaciones de invierno en la gran pradera, proveyéndolas del mobiliario bastante sucinto de los groenlandeses (fig. 3). En una palabra, existe en París una reducción de las chozas, que constituyen en las regiones boreales lo más rudimentario que conocemos respecto á aglomeración humana. También han llevado á París dos embarcaciones, muchos trajes, instrumentos de pesca, objetos diversos, y hasta modelos de barcas y habitaciones.

Exceptuando á Jökkik, el mestizo, todos presentan perfectamente el tipo esquimal. Las regiones heladas del polo Norte están habitadas por muchas razas, absolutamente distintas unas de otras, aunque se las designe muchas veces con el nombre común de razas hiperboreales. Es muy difícil hacer el deslinde de estas razas, sobre todo de las que habitan las costas europeas y asiáticas del océano Glacial; pero si existe alguna que esté claramente determinada, es indudablemente la raza esquimal, que en puridad es americana, y se extiende desde el estrecho de Behring á la Groenlandia occidental; una fracción de esta raza, establecida en la costa asiática del estrecho de Behring, es la de los tchuktchis, pescadores y marinos, que no debe confundirse con la de los thakthés, pastores, del interior de tierras pertenecientes á una raza poco conocida, pero sin duda diferente de la esquimal.

En efecto, los esquimales constituyen una población casi exclusivamente americana. Nada se sabe respecto á su origen; pero atendiendo á las regiones en que los hallamos, no parecen ser autóctonos. Ahora bien; ¿proceden del Asia, como se ha pretendido, ó han sido expulsados de las regiones medias de la América del Norte y arrojados más allá del círculo polar por pueblos más enérgicos? Punto es éste difícil de dilucidar hoy por hoy. La naturaleza de su lengua, la cual es de un carácter étnico importante, no presta ayuda alguna en esta cuestión, pues hasta ahora ha sido imposible relacionar la lengua bien conocida de los esquimales con alguna de las familias glóticas del antiguo ó del nuevo continente; pertenece á la vastísima clase de los idiomas aglutinantes, que comprenden el mayor número de familias lingüísticas del universo. Sus procedimientos de aglutinación, su modo de polisintetismo, lo aproximan, con todo, más á los sistemas glóticos de América que á los de Asia; pero eso es mera hipótesis. Sea lo que fuere, la lengua de los esquimales, con corta diferencia, es la misma en el estrecho de Behring, en el Labrador y en Groenlandia, no pudiendo distinguirse en estos diversos puntos más que diferencias de poca importancia, pertenecientes á dialectos, pues todos los esquimales se entienden unos con otros.

Bajo el punto de vista físico, la raza esquimal pasa por ser una de las más puras, siéndolo en efec-

to; pues si bien existen algunos mestizos en Groenlandia, donde las colonias escandinavas han ejercido cierta influencia, en el estrecho de Behring, donde las razas están notablemente mezcladas entre sí, y en el límite que separa los pieles rojas de los esquimales, el núcleo de la población es muy homogéneo y presenta todos los caracteres de las razas puras.

Si pretendier resolver la cuestión del origen de los esquimales, puede decirse que en otro tiempo se extendían mucho más hácia el Sur en el continente americano, y que su venida á Groenlandia podría ser relativamente reciente, al ménos en la parte en que se hallan los establecimientos escandinavos. Sabido es que la Groenlandia fué descubierta por *viking*, ó rey de mar islandés, Erico el Rojo, á fines del siglo X, y que con sus compañeros fundó colonias que llegaron á ser tan florecientes que, al convertirse la Islandia al cristianismo, se crearon sedes episcopales en Groenlandia. Ahora bien; estas colonias no tuvieron ninguna relación con los indígenas, y los cantos tradicionales no contienen mención alguna que pueda dar á entender la existencia de los esquimales, al ménos en la parte sur de la Groenlandia. En todo caso, sería posible que algunos grupos de esta raza estuvieran establecidos en regiones de mayor latitud, y que los islandeses los hubieran conocido poco á poco. En 1266 se mandó una expedición á explorar el país de los *skrolinger*, como los escandinavos llamaban entonces á los indígenas del mundo ártico y las regiones vecinas. Más de cien años después, en 1379, los establecimientos septentrionales fueron atacados por los esquimales, y los combates se hicieron encarnizados; y como á partir de la mitad del siglo XV la Groenlandia fué totalmente olvidada por Europa, los colonos escandinavos, abandonados á sí mismos, no tardaron en sucumbir á los golpes de los pequeños cazadores de focas ó á ser absorbidos por ellos. Entre las leyendas esquimales recogidas por Rink, antiguo director danés de asuntos groenlandeses (1), se encuentran muchas que hacen referencia á estos sucesos. Cuenta una de ellas que un esquimal, que se había adelantado en su kayak hasta *Kokortok*, establecimiento de los antiguos *Kardhuait* (escandinavos ó europeos en esquimal), mató á uno de éstos en buena lid (fig. 5); alentado por la impunidad, asesinó otro al verano siguiente, cuyo crimen atrajo sobre los suyos la venganza de los *Kardhuait*: éstos sorprendieron la cabaña del asesino y dieron muerte á cuantos hallaron, ménos á dos hermanos que pudieron huir; el más joven de éstos no logró, sin embargo, escapar á la persecución de *Oungortok*, jefe de los escandinavos. Sólo el hermano mayor, *Kuisápi*, salió sano y salvo; refugióse en otra cabaña de esquimales, con los cuales preparó su revancha. *Kuisápi* sorprendió un día á los escandinavos, cercó su habitación y la entregó á las llamas. El jefe

(1) *Tales and traditions of the Eskimas*, by Dr. H. Rink. London, W. Blackwood, edit., 1875.—Esta obra, autorizada en la materia, está ilustrada con dibujos de artesanos esquimales, de que pueden dar idea las figuras 4 y 5.

Oungortok pudo con todo escapar por la ventana con su hijo en los brazos; pero perseguido sin descanso por Kaisápi, no pudo librarse más que arrojando el niño al agua (fig. 5). La lucha entre el escandinavo y el esquimal continuó todavía por algun tiempo, hasta la completa victoria de Kaisápi. Es éste un ejemplo de difíciles relaciones entre dos pueblos, uno de los cuales concluye por desaparecer ante el otro; pues cuando John Davis volvió á descubrir la Groenlandia, no encontró más que esquimales. Esta raza se extendió mucho más hacia el Sur en el continente americano. Cráneos hallados en una sepultura muy antigua junto á la catarata del Niágara, presen-

tan todos los caracteres esquimales. Los *sagas* islandeses, que hablan de los viajes al Vinland, que se supone ser el Massachusetts, describen ese país como habitado por los *skraelinger*, que los antiguos marinos escandinavos no habrían confundido con los belicosos y ferozes pieles rojas. Debemos, pues, inferir que en el siglo XI los esquimales disputaban aún el territorio de los Estados Unidos y del Canadá á los algonquinos, los cuales concluyeron por dar cuenta de ellos y por rechazarlos al Labrador y á las heladas orillas del mar Polar.

Son los esquimales de poca talla, estando de acuerdo en aseverarlo así la mayor parte de los au-



OBJETOS ESQUIMALES TOMADOS DEL NATURAL.

Fig. 1.ª—1 y 2. Juguete de madera esculpida y tallada representando una foca y un perro.—3. Cuchillo para desengrosar las pieles de foca.—4. Ombro de casa, de piel de foca, con medallón de marfil.—5. Tabaquera de piel de foca.—6. Lámpara de abisaloniana.—7. Anillo de hueso con puntas de hierro.—8. Barro para limpiar la inserta.



Fig. 2.ª—1. Guante de piel afinado de marra de oso.—2. Cuello de hueso para limpiar las narices.—3. Cuchillo de hueso.—4. Estornudo de hueso representado con el hilo emplumado y fabricado con plumas de avestruz.—5. Pregunta ángulo de hierro con muchos puntos en la parte inferior.

tores y de los viajeros. Un antropólogo inglés, Sutherland, ha encontrado para 33 esquimales de más de veinte años el promedio de 1 m,583. El viajero Hotzebue no les da en general más que 5 piés. Los tres esquimales adultos del Jardín de aclimatación no desmienten esos datos. Koyangi no tiene más que 1 m,427, siendo el menor de todos. La mujer Okabak mide 1 m,438 y su esposo 1 m,560. Es, pues, preciso admitir que los individuos de mayor estatura, 1 m,714, 1 m,689 y 1 m,676, indicados en diversos sitios, eran mestizos. Jokkik, que es medio danés y medio esquimal, tiene 1 m,647.

Sería imposible describir los esquimales mejor que el Dr. Topinard, que parece haberlos tenido á la vista al escribir: tan exacto es el retrato cuando se compara con los individuos del Jardín de aclimatación de París. «Son, dice, gruesos y rechonchos, tienen anchas las espaldas; grande la cabeza y gruesos los miembros, pero sus extremidades son peque-

ñas y bien formadas. Su cara es aplastada hasta excavar en el sitio donde se inserta la nariz, sus mejillas llenas y sus pómulos salientes en alto grado; su nariz es ancha, pequeña y apenas prominente; la abertura palpebral exigua, los ojos negros y limpidos, la boca pequeña, redonda y de grueso labio inferior; sus dientes regulares y desgastados pronto hasta la encía, á causa de la costumbre que tienen de servirse de ellos para trabajar las pieles. Los cabellos son de un negro de azabache, largos, duros y poco abundantes; la sección transversal se aproxima más á la forma redondeada que á la elíptica. La barba es casi nula. Añadamos que el cuerpo carece casi en absoluto de pelos, los cuales faltan en la axila, por ejemplo. «Su cráneo, dolicocefalo puro, da 71,4 (Broca) ó 71,8 (Virchow); forma un paralelogramo prolongado, cuyos lados caen verticalmente, y cuya cresta sagital está tan marcada que algunos parecen lisocéfalicamente escafocefalos.

Son los más leptorinos que se conocen ($42^{\circ},2$). Su prognatismo de $71^{\circ},4$ corresponde al grado medio observado en todas las razas amarillas. La dirección del plano occipital los aproxima á los chinos. Los huesos propios de la nariz son los más estrechos conocidos; sus órbitas son redondas, sus maxilares macizos, y sus huesos pómulos de un volumen y configuración groseros, que bastan á hacer reconocer un cráneo esquimal entre todos los demás (1).

Si no se supiese que el promedio en tres individuos es demasiado poco para dar un juicio bastante general, se podría suponer que los esquimales no son tan dolicocefalos como se supone, siendo de

76,1 el promedio de los individuos del Jardín de aclimatación, y de 74,1 restando las unidades para valuar el espesor de los tegumentos. Pero este indicio más elevado se debe, sobre todo, á la menor dolicocefalia de la mujer, de 78,8, es decir, de 76,8 en realidad; en cambio, su marido es muy dolicocefalo (72,9, ó mejor 70,9), y el jóven Koyangi, de 76,6, ó sean 74,6 sin los tegumentos. El mestizo Jukkik es muy dolicocefalo (72,2 ó 70,2).

Otro carácter interesante es la gran longitud de los brazos: la distancia de una extremidad á otra de las manos y los brazos extendidos excede de 50 cm la talla total en Okabak (1 m,610 por 1 m,560 de es-

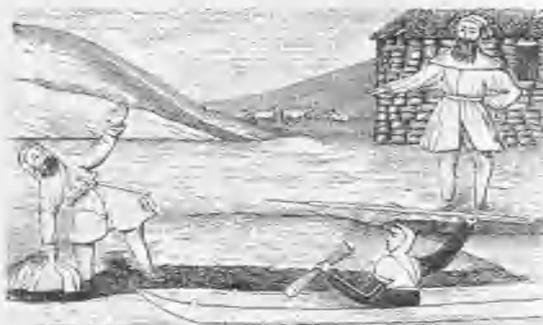


Fig. 4 y 5.—Escenas de dibujos ejecutados por un artista esquimal.—Episodios de la historia de Groenlandia.

tatura). En Koyangi la diferencia á favor de los brazos es de 27 mm (1 m,450 por 1 m,427), mientras en la mujer los brazos son menos largos (1 m,488 de estatura para 1 m,427 de longitud de los brazos). Las dos niñas son todavía demasiado jóvenes para que su examen sea de interés considerable. Sin embargo, se ha podido comprobar su precocidad: la mayor tiene ya veinte dientes, y la menor diez y seis; ésta última habla y anda mejor que una niña de su edad en nuestros climas. En los esquimales la duración de la vida no es muy grande, sobre todo en los hombres, que perecen á menudo antes de la edad de cincuenta años; las mujeres, al contrario, viven más, llegando algunas á la edad de setenta y ochenta años.

La alimentación de los esquimales es casi exclusivamente animal, lo cual es de toda necesidad en el terrible clima del Norte. Las carnes de foca y de pescado son las que concurren especialmente á la alimentación de esta raza, cuyo nombre está tomado de esta particularidad: la palabra *esquimal* proviene del nombre *eskimantsik*, que los abenakis, tribus de las pieles rojas algonquinos, dan por desprecio á sus vecinos y enemigos del Norte, y que significa «comedores de pescado crudo». Los esquimales se designan á sí mismos como *inuit*, cuyo significado es simplemente de «hombres».

El esquimal es dulce y poco helicoso, de suyo

franco y amigable, pero bastante silencioso y poco alegre; sin ser avaro, nada tiene de dádivo. Da pruebas de gran destreza y rara habilidad mecánica, como lo demuestran todos los objetos de su fabricación. Antes de ser medio civilizado por los daneses, en Groenlandia era lo que son hoy los otros *inuits* de la América septentrional, es decir, únicamente cazador y pescador, y desprovisto de todo conocimiento metalúrgico. El esquimal está todavía en la edad de la piedra y el hueso. Sus armas y utensilios están fabricados con estos materiales, y sólo por importación posee cuchillos, instrumentos de hierro y fusiles. El verdadero esquimal no conocía más que el arco y la flecha, confundiendo para él la lanza y el venablo con diversas especies de harpones. La punta de estas armas es generalmente de hueso, y como pudiera romperse en el cuerpo de la víctima herida, no se adhiere sino ligeramente al asta, separándose de ella con facilidad, pero queda sujeta por una cuerda ó correa, estando siempre provista de una vejiga llena de aire, que flota cuando el animal herido se hunde bajo el agua.

Los trajes debieron poco, según los sexos, y son generalmente todos de piel. Consisten en blusas forradas, provistas de capuchos, un pantalón de piel de foca, impermeables y de mucho abrigo, y botas largas. A veces están adornados con retazos de pieles de diferentes colores, que prueban el gusto y el cuidado de las mujeres, ocupadas en este trabajo en la larga noche de invierno, durante la cual se per-

(1) *Antropologie par Paul Topinard*, pag. 550 y 551, 1 vol. m. 12. Paris. Reinwald et C.^o édit.

maneco encerrado en las casas medio subterráneas. Los hombres llevan el cabello bastante largo, y sólo recortado á nivel de las cejas. Las mujeres se hacen un moño derecho sobre la cabeza y bastante original. Hemos dicho que el traje de los hombres difiere poco del de las mujeres; haremos notar, sin embargo, que en la Groenlandia las jóvenes solteras en traje de fiesta llevan hermosas botas de piel blanca, suave y flexible, y las mujeres casadas botas rojas. Pero si los esquimales y sus esposas son de los más hábiles en el arte del curtido, no han aprendido el del tinte hasta sus relaciones con los europeos, importando hoy de Dinamarca los groenlandeses los colores amarillo y rojo de que se sirven para teñir los cueros.

Los esquimales en estado natural eran sólo pescadores y cazadores, lo cual implica costumbres nómadas; pero, de otra parte, el clima riguroso de su país los obliga á una vida sedentaria, al menos durante los meses de invierno. En la pradera del Jardín de aclimatación pueden verse modelos, pues hay dos tiendas y dos casas de invierno.

Las primeras están hechas con diez á catorce pilares y cubiertas de pieles, teniendo la particularidad de ser más altas en la entrada que en el fondo, y de no ser cónicas como las de otros pueblos. Las casas están poco elevadas sobre el suelo, en el cual se hundea á mitad. Los muros son de piedra y montones de césped; el techo está sostenido por pilares de madera y compuesto de vigas cubiertas de tierra y césped; de lejos esas casas parecen oteros de lados planos. En las regiones más septentrionales los indígenas emplean la piedra y los huesos de ballena en lugar de la madera, que falta por completo. La entrada es muy estrecha y conduce á un corredor, que baja en declive para elevarse en seguida por un codo bastante apreciable. No hay más que una sola pieza grande en la casa, donde todos se reúnen para dormir, comer y trabajar.

Como estas habitaciones son comunes á varias familias, puede pensarse la promiscuidad que resulta, y así en los países en que la civilización europea no ha penetrado, como en Groenlandia, la moralidad de los esquimales es excesivamente débil. En torno de la pieza citada está un ancho banco de madera, bastante parecido á nuestras camas de campo, y dividido en tantas porciones cuantas son las familias, estando cada una separada por una cortina bastante corta. Delante del banco arde una lámpara por familia; estas lámparas son de obsidiana y bastante grandes, pareciendo escudillas prolongadas, donde la luz se produce merced á una mecha sumergida en el aceite de foca. No existe entre los esquimales salvajes otro medio de calefacción fuera de estas lámparas, y como la habitación es poco ó nada ventilada puede pensarse el hedor que allí reinará. En las casas bien construidas se ha practicado en el muro un pequeño cuarto donde se guisa, y que comunica con el corredor de entrada. En Groenlandia, bajo la influencia danesa, esas casas se han hecho más cómodas; se han introducido las estufas, abiertas y con ventanas provistas, á falta de cristales, de pieles

de entrañas de pescado, muy transparentes; un tubo de chimenea conduce fuera el humo y una parte del aire viciado, y se han revestido de tabla las paredes.

Habitando los bordes del mar, y no nutriéndose más que de animales marinos, los esquimales son hábiles en maniobrar las embarcaciones. Las tienen de dos clases: el *kayak* y el *umiak*. En el estanque del Jardín de aclimatación pueden verse dos, y otros modelos reducidos se hallan en el pequeño museo etnográfico esquimal que está también expuesto. El *kayak* es una piragua estrecha y afilada por delante y por detrás, no sin analogía con los botes llamados *parísabres*; sólo hay sitio para una persona, aunque algunas son para dos. Este bote está formado por dos jambas de madera ó de ballena, cubiertas de pieles cosidas estrechamente; por su ligereza es, por decirlo así, insubmersible; cerrado por todos lados, tiene una abertura redonda en el centro que permite sentarse en el fondo, y el marino, atado los bordes de su blusa á los de esta abertura, viene á hacer un toldo con la embarcación, que dirige por medio de un doble remo. Una gran vejiga llena de aire, atada por encima del *kayak* le impide zozobrar jamás. Montados en este bote, los esquimales arrostran los mares más furiosos y recorren distancias enormes.

La otra embarcación, el *umiak*, muy grande, construida según el procedimiento empleado para el *kayak*, es decir, de jambas de madera cubiertas de piel, cosidas y fijadas con dientes de foca á guisa de clavos, está cerrada por encima y puede contener cierto número de personas. Si el *kayak* está reservado á los hombres, el *umiak* es generalmente conducido por las mujeres; se usa para los trasportes y para los viajes junto á la costa en el buen tiempo.

No hay gobierno entre los esquimales. Cada familia tiene su jefe, y la reunion de los jefes constituye el gobierno de la casa. Á veces los jefes de familia de varias casas se reúnen en una casa común, *kakje*, más para divertirse que para otra cosa. No hay tribunales organizados: cuando un crimen ó un delito se ha cometido, el culpable es juzgado y condenado por la comunidad. En resumen, se trata de una sociedad completamente rudimentaria.

Antes de terminar creemos deber insistir sobre la semejanza profunda que existe entre el esquimal y el lapón, con el cual podría quererse confundir el primero. Antropológicamente, el esquimal es dolicocefalo en grado máximo, y el lapón es braquicefalo en grado no menor. El esquimal propiamente dicho ignora el uso de los metales, y el lapón los conoce de tiempo inmemorial. El esquimal es pescador y cazador, y no cria más animales que sus perros. El lapón es sobre todo pastor de renos. En fin, le esquimal habla una lengua que le es propia, mientras el lapón habla una rama de lengua finlandesa, que pertenece á la gran familia uralo-áltica. El esquimal y el lapón no tienen nada de común, salvo el vivir en latitudes extremas, particularidad que por lo demás comparten con razas muy diferentes de las suyas.



LA INTERCESION.

LA INTERCESION.

Perseverando en nuestra idea de que el periódico LA AMENIDAD contenga una completa coleccion de los principales cuadros debidos á los mejores pintores, tanto españoles como extranjeros, damos en el presente número una copia del cuadro titulado *La Intercesion*, debido al hábil pincel del celebrado pintor Sr. Palmaroli.

¡TODAVÍA!

Para calmar mi martirio
Dijiste que me querias,
¡Y te adoré con delirio!

Despues que un año pasó,
Fué dueño de tu alma pura
Un hombre.... que no era yo,
¡Y te quise con locura!

Pagando lo que sufrí
Con hondo aborrecimiento,
Te fuiste léjos de aquí,
Y mi alma y mi pensamiento
Se fueron detras de tí!

Ausente ya de tu lado,
Para aumentar mi agonía
Sé que es dichoso tu estado,
Sé que es grande tu alegría,
Y sé.... que me has olvidado....
¡Y te quiero todavía!

ADOLFO LLANOS.

EN UN ALBUM.

De músicos, poetas y pintores
Miro aquí consignados los primores,
Y en vez de saludarlas con respeto
Mí humilde firma entre las suyas meto.
El alternar con hombres de valía
Genio no supondrá, mas sí osadía.

J. MARTINEZ ZORRILLA.

EN UN ABANICO.

Consuelo, te pronostico
Que al cumplir los quince y pico,
Edad de las ilusiones,
Volarán muchos *moscónes*
En torno de tu abanico.

Al que con sincero amor
Pretenda abrasarse, loco,
De tus ojos al calor,
Dale el aire poco á poco
Para refrescar su *ardor*.

Deja que zumbe á tu oido
Si su música te agrada;
Que hay moscon cuyo zumbido
Es dulce como el sonido
De citara enamorada.

Pero al que venga á cantarte
Amor en tono burlesco,
Y haya creido engañarte,
¡Mándale con viento fresco
Con la música á otra parte!

VITAL AZA.

LA ESPERANZA Y EL RECUERDO.

Dicen ellos que la felicidad es la esperanza; mas el verdadero amor da mucho precio á lo pasado, y la memoria despierta los pensamientos que nos son gratos: nacen los primeros y son los últimos que se marchitan.

Y cuando la memoria ama con más ardor, es lo que la esperanza ha acariciado largo tiempo; y cuanto adoró y perdió la esperanza se ha absorbido en la memoria.

¡Ay! todo esto no es más que una ilusion: el porvenir nos seduce desde léjos: no podemos ser lo que echamos de ménos, y no nos atrevemos á pensar en lo que somos.

LORD BYRON.

CANTARES.

Las rosas de tus mejillas
Rosas sin espinas son;
Las espinas de estas rosas
Las tengo en mi corazón.

Quando duermo, siempre sueño
Que estoy hablando contigo;
Mas despierto ya calculo
La distancia del camino.

Ayer tarde estuve haciendo
Castillitos en la arena,
Y al mismo tiempo pensaba
En tu amor y en tu firmeza.

Cada ángel más en la gloria
Es del mundo un ángel ménos;
Cada entierro acá en la tierra
Es un bautizo en el cielo.

MELCHOR DE PALAU.



LOS ESQUIMALES.—Fig. 3.

FABULAS.

Un gato en un tejado
Esperando á su gata murió helado.
Y alguno habrá tan ciego,
Que quiera sostener que amor es fuego!

CÁRLOS FRONTAURA.

Al darle pan á un perro don Mariano,
Rabioso el animal mordió su mano.
Dar pan á perro ajeno
Será muy liberal, pero no es bueno.

EPIGRAMA.

—No se comprende á Saturno—
Decía un hombre de bien—
Engulléndose á sus hijos
Como si fuera un bifstek.—
Y otro añadió:—Si era pobre,
La razón muy fácil es:
Él comía, y se evitaba
El buscarles de comer.

UNA CONSULTA.

(La escena pasa en casa de un abogado.)

UN CLIENTE. (Entrando.) ¿Es V. el señor abogado B.?

EL ABOGADO. Servidor de V.

EL CLIENTE. ¿Es cierto que según la ley, el dueño de un perro debe pagar los desperfectos causados por este último?

EL ABOGADO. Sí, señor; es muy cierto.

EL CLIENTE. En ese caso, sírvase V. entregarme inmediatamente una peseta, valor de un trozo de salchichón que su perro me ha robado.

EL ABOGADO. Es muy justo. Voy á darle á V. la peseta. Pero como yo llevo cinco pesetas por cada consulta que se me hace, déme V. cuatro pesetas, y quedamos en paz.

El cliente renunció á la reclamación.

SUMARIO.

CHABADOR.—Segadora que ata mecánicamente las gavillas.—Gerona. Torre Geronilla.—Objetos esquimales tomados del natural (dos grabados).—Farsimil de dibujos ejecutados por un artista esquimal.—La intercesion (cuadro de Palmarelli).—Los esquimales.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Los Misterios del Bosque Virgen, por Luis Boussemard.—El Sargento Federico, por Erekmann-Chatelain.—Segadora que ata mecánicamente las gavillas.—Torre Geronilla.—Los esquimales.—La intercesion.—¿Todavía! por Adolfo Llanos.—En un álbum, por J. Martínez Zorrilla.—En un abanico, por Vital Aza.—La ceparrusa y el recuerdo, por lord Byron.—Costuras, por Melchor de Palau.—Fábulas.—Epigrama.—Una consulta.